



PROYECTO
DIDÁCTICO
QUIRÓN

EL DESCUBRIMIENTO DE HARRY

Matthew Lipman



Ediciones
de la Torre

El descubrimiento de Harry

Matthew Lipman

Traducción
Miguel Lizano Ordovás



EDICIONES DE LA TORRE
Madrid, 1988

Proyecto Didáctico Quirón.
Programa Filosofía para Niños.
Coordinador: Félix García Moriyón.

® Del texto: Mathew Lipman
® De esta edición: Ediciones de la Torre
Primera edición: junio, 1988

ISBN: 84 86.587-41-7

Depósito legal: M. 23579-1988

Impreso en España
Printed in Spain

RESEÑA

El descubrimiento de Harry Stottlemeier es una de las novelas que componen el currículum Filosofía para Niños, un currículum diseñado para proporcionar a los niños y jóvenes un pensamiento crítico, reflexivo y solidario. Ocupa el cuarto lugar en una serie de siete novelas y está destinada fundamentalmente a niños entre las edades de once y catorce años (desde 5º de EGB hasta 1º de BUP y FP).

Son constantes las quejas de los profesores sobre las deficiencias con las que los alumnos llegan a los cursos superiores, en los que siguen mostrando fallos importantes en destrezas cognitivas básicas. Ello ha llevado a insistir cada vez más en la necesidad de potenciar el desarrollo de esas destrezas desde los primeros años de la escuela, de enseñar a los alumnos a pensar de forma crítica y creativa, consolidando paso a paso el dominio de los conceptos y procedimientos propios de un pensamiento riguroso. Una observación similar podría hacerse en el ámbito de la educación ética. Desde 1969, Matthew Lipman, profesor en la universidad de Columbia, Nueva York, viene desarrollando un programa, bajo el nombre de *Filosofía para Niños*, que abarca ambos aspectos y parte del supuesto de que debe ser en y desde la filosofía el ámbito en el que se aborde la educación de los niños. *El descubrimiento de Harry* es el título central del Programa. Consta de una novela y un manual del profesor y puede utilizarse desde 4º de E.G.B. a 1º de B.U.P. o F.P.

La novela nos ofrece situaciones de la vida cotidiana de los niños en una escuela, preocupados por descubrir el sentido de las experiencias que les van ocurriendo. El manual del profesor contiene cuatrocientas cincuenta páginas de variados ejercicios, basados en la novela, orientados a desarrollar las destrezas básicas cognitivas (razonamiento hipotético, inductivo y deductivo, analogías, generalizaciones, etc.).

Proyecto Didáctico Quirón Programa Filosofía para Niños

Capítulo I

Seguramente no habría ocurrido si aquel día Harry no se hubiera dormido en la clase de ciencias. Bueno, en realidad no es que se hubiera dormido. Simplemente, se distrajo. El señor Bradley, el profesor, estaba hablando del sistema solar y de que todos los planetas giran alrededor del Sol, y de pronto Harry dejó de escuchar, porque en el acto se encontró contemplando en su mente un enorme y llameante Sol con todos los diminutos planetas girando constantemente a su alrededor.

De pronto se dio cuenta que el señor Bradley le miraba fijamente. Harry intentó despejar la mente para prestar atención a la pregunta:

—¿Qué es una cosa que tiene una larga cola y tarda setenta y siete años en dar una vuelta alrededor del Sol?

Harry se dio cuenta que no tenía ni idea de la respuesta que esperaba el señor Bradley. ¿Una larga cola? Por un momento consideró la posibilidad de decir «el Can Mayor» (acababa de leer en la enciclopedia que a Sirio también se le llamaba «Can Mayor»), pero pensó que al señor Bradley no le iba a hacer gracia esa respuesta.

El señor Bradley no tenía mucho sentido del humor, pero sí una gran paciencia. Harry sabía que disponía de cierto tiempo, que podía ser suficiente para encontrar algo que decir. «Todos los planetas giran alrededor del Sol —recordaba que había dicho el señor Bradley—.» Y este objeto con cola, fuera lo que fuera, también daba vueltas alrededor del Sol. ¿Podría ser también un planeta? Valía la pena probar.

—¿Un planeta? —preguntó con ciertas dudas.

No estaba preparado para la carcajada general. Si hubiera prestado atención, habría oído al señor Bradley decir que el objeto al que se refería era el cometa Halley y que los cometas dan vueltas alrededor del Sol, igual que los planetas, pero decididamente no son planetas.

Por suerte, justo entonces, sonó el timbre y se acabaron las clases por aquel día. Pero al volver a casa, Harry aún se sentía mal por no haber sabido responder cuando el señor Bradley le preguntó. Además, estaba perplejo. ¿En qué se había equivocado? Repasó el razonamiento que había seguido para dar aquella respuesta. «Todos los planetas giran alrededor del Sol», había dicho muy claramente el señor Bradley. Y este objeto con cola también gira alrededor del Sol, solo que no es un planeta.

«De modo que hay cosas que giran alrededor del Sol y no son planetas —se dijo Harry—. Todos los planetas giran alrededor del Sol, pero no todo lo que gira alrededor del Sol es un planeta.» Y entonces Harry tuvo una idea: «Las oraciones no se pueden invertir. Si la parte final de una oración se pone al principio, dejará de ser» verdadera. Por ejemplo, la oración “todas las encinas son árboles”, si se invierte, se convierte en “todos los árboles son encinas”. Pero eso es falso. Así, es verdad que todos los planetas giran alrededor del Sol. Pero si invertimos la oración y decimos “todas las cosas que giran alrededor del Sol son planetas”, entonces ya no es verdadera, ¡es falsa!»

Su idea le fascinó tanto que se puso a probarla con más ejemplos. Primero pensó en la oración «todos los aviones de plástico son juguetes». «Creo que es verdad —pensó—. Ahora démosle la vuelta “Todos los juguetes son aviones de plástico”.» ¡Invertida, la oración resultaba falsa! ¡Harry estaba encantado!

Probó con otra oración: «Todos los pepinos son hortalizas» (Harry tenía debilidad por los pepinos). Pero lo inverso no tenía sentido en absoluto. ¿Todas las hortalizas son pepinos? ¡Por

supuesto que no! Harry estaba emocionado con su descubrimiento. ¡Si lo hubiera sabido por la tarde, seguramente se habría ahorrado todo aquel apuro!

Entonces vio a Lisa.

En la escuela, Lisa también estaba en su clase, pero Harry tenía la impresión de que no estaba entre los que se habían reído de él. Y le pareció que si le contaba lo que había descubierto, ella sería capaz de entenderlo.

—¡Lisa, acabo de tener una idea divertida! —anunció Harry en voz bastante alta. Lisa le sonrió y se quedó a la espera, mirándole.

—Cuando inviertes una oración, deja de ser verdadera —dijo Harry. Lisa arrugó el ceño.

—¿Y eso qué tiene de maravilloso? —preguntó.

—Vale —dijo Harry—, dime una oración cualquiera y lo verás.

—Pero, ¿qué clase de oración? —Lisa estaba indecisa—. No puedo inventarme una oración cualquiera por las buenas.

—Bueno —dijo Harry—, una oración con dos clases de cosas, como perros y gatos, o cucuruchos de helado y alimentos, o astronautas y personas.

Lisa se puso a pensar. Justo cuando iba a decir algo y Harry esperaba impaciente que lo soltara, movió la cabeza negativamente y siguió pensando.

—¡Venga, dos cosas, dos cosas cualesquiera...! —suplicó Harry.

Al fin, Lisa se decidió:

—Ningún águila es un león.

Harry se lanzó sobre la oración del mismo modo que su gato, Mario, se lanzaría sobre un ovillo de lana que rodara hacia él. En un instante tenía invertida la oración: «Ningún león es un águila.» Se quedó pasmado. La primera oración, «ningún águila es un león», era verdadera. Pero también lo era una vez invertida, porque «ningún león es un águila», ¡también era verdadera!

Harry no entendía por qué no había funcionado.

—Las otras veces funcionó... —empezó a decir en voz alta, pero no pudo acabar la frase.

Lisa le miraba interrogativamente. «¿Por qué había tenido que darle una oración tan tonta? —pensó Harry, en un acceso de resentimiento.» Pero entonces se le ocurrió que, si en realidad hubiera descubierto una regla, tendría que haber resultado con oraciones tontas tanto como con las que no eran tontas. De modo que, en realidad, la culpa no era de Lisa.

Por segunda vez aquel día, Harry tenía la sensación de que, por una u otra razón, había fracasado. Su único consuelo era que Lisa no se estaba riendo de él.

—Realmente creí que había descubierto algo —le dijo.

—¿Lo probaste? —preguntó ella. Sus ojos grises, bien separados, eran diáfanos y serios.

—Naturalmente. Cogí oraciones como «todos los aviones de plástico son juguetes», y «todos los pepinos son hortalizas», y encontré que, cuando la parte final se ponía al principio, las oraciones dejaban de ser verdaderas.

—Pero la oración que te di yo no era como las tuyas —replicó Lisa con rapidez—. Todas tus oraciones empezaban con la palabra «todos». Pero mi oración empezaba con la palabra «ningún».

¡Lisa tenía razón! Pero, ¿ese detalle podía cambiar tanto las cosas? Sólo cabía hacer una cosa: probar con más oraciones que empezaran por la palabra «ningún».

—Si es verdad que «ningún submarino es un canguro» —empezó Harry—, ¿qué hay con «ningún canguro es un submarino»?

—También es verdad —replicó Lisa—. Y si ningún mosquito es un pirulí «también es verdad que ningún pirulí es un mosquito».

—¡Eso es!—dijo Harry, entusiasmado—, ¡Eso es! Si una oración verdadera empieza con la palabra «ningún», entonces su inversa también es verdadera. Pero si empieza con la palabra «todos», entonces su inversa es falsa.

Harry estaba tan agradecido a Lisa por su ayuda que casi no sabía qué decir. Quería darle las gracias, pero se limitó a musitar algo y echó a correr hasta su casa.

Fue directamente a la cocina, pero al llegar allí encontró a su madre de pie delante del frigorífico hablando con la vecina, la señora Olson. Harry no quería interrumpir, de modo que se quedó un momento parado, oyendo la conversación.

—Pues, como le digo, señor Stottlemeier. Esa..., la señora Bates, que acaba de hacerse de la Asociación de Padres, cada día le veo entrar en la tienda de licores. Y ya sabe usted lo preocupada que estoy con esos desgraciados que no pueden dejar de beber. Cada día los veo en la tienda de licores. Así que... no sé si la señora Bates no será, ya sabe usted...

—¿Si la señora Bates es como ellos? —preguntó la madre de Harry, diplomáticamente.

La señora Olson asintió. De pronto, algo hizo «clic» en la cabeza de Harry.

—Señora Olson —dijo—, sólo porque, según usted, todos los que no pueden dejar de beber son personas que van a la tienda de licores, todos los que van a la tienda de licores no tienen por qué ser personas que no pueden dejar de beber.

—Harry —dijo su madre—, esto a ti no te importa y, además, estás interrumpiendo.

Pero Harry vio en el rostro de su madre que estaba satisfecha con lo que había dicho. Así que se sirvió en silencio un vaso de leche y se sentó a beberlo, sintiéndose más contento de lo que había estado hacía días.

Capítulo II

A la mañana siguiente, camino de la escuela, Harry vio a Tony Melillo, que estaba a punto de cruzar la calle. —¡Eh, Tony! —gritó—. En clase de Matemáticas, Tony solía ser el primero en terminar los ejercicios. Harry pensó que quizás a Tony le interesaría conocer el descubrimiento que Lisa y él habían hecho el día anterior, así que le contó cómo habían descubierto que las oraciones que empiezan con «ningún» se pueden invertir, pero las que empiezan con «todos», no.

Lo único que dijo Tony fue:

—¿Y qué?

—¿Cómo que «¿y qué?»? —replicó Harry.

—Me refiero a que, primero, no le veo la utilidad. ¿De qué sirve saber que esta oración la puedes invertir y la otra no? Y segundo, pensándolo bien, ¿cuántas oraciones hay que empiecen con la palabra «todos» o la palabra «ningún»? Muy pocas —y Tony se alejó corriendo.

Pero Harry siguió su marcha despacio, dando un puntapié a una piedra de vez en cuando, y cuidando de no pisar las rayas del pavimento, como si por hacerlo fuera a sobrevenir cualquiera sabe qué desgracia. Las observaciones de Tony le preocupaban. Quizá su «descubrimiento» no era gran cosa, después de todo.

La primera clase del día era de Matemáticas. Estaban estudiando fracciones. El día anterior, el señor Spence, el profesor, les había hablado de las muchas maneras distintas en que se pueden combinar dos números de modo que resulten iguales a un tercero. Como de costumbre, Tony fue el primero en entenderlo. Harry acertó a oír cómo se lo explicaba a Timmy Samuels.

—Es fácil. Fíjate:

**Ocho más dos son diez,
Cinco más cinco son diez,
Doce menos dos son diez,
Veinte dividido por dos son diez,
Cinco por dos son diez...**

Timmy dijo, después de alguna vacilación.

—No sé multiplicar ni dividir.

Tony, impaciente, le contestó:

—No tienes por qué saber multiplicar ni dividir. Sólo es un ejemplo. Únicamente trato de hacerte ver de cuántas maneras distintas se puede obtener el número diez. Debe de haber miles de formas y todas son iguales a diez.

Ahora, sentado en su sitio, Harry daba vueltas en su cabeza a la conversación que tenía lugar entre Tony y Timmy. «Si hay muchas maneras de obtener un número —se dijo—, ¿no podrá ser que haya muchas palabras que sean todas iguales a la misma palabra? Igual que “padre” puede también decirse “papá” o “papi” o “papaíto”.» De pronto tuvo una idea: «¿Y si palabras como “todos” y “ningún” fueran, en realidad, como el número diez del que Tony estaba hablando a Timmy? Porque, de ser así, ¡todo tipo de oraciones podrían *transformarse en* oraciones que empezaran con la palabra “todos” o la palabra “ningún”!»

Pero, cuando se puso a buscar oraciones que se pudieran transformar del modo que él quería, no se le ocurrió ni una sola.

Tras quedarse allí con el ceño fruncido durante unos instantes, Harry pensó que quizá los otros niños de la clase podrían ayudarle. El señor Spence tenía fama de «buena persona» y Harry estaba en lo cierto al pensar que accedería. Incluso volvió a exponer el problema a la clase porque, con la emoción, Harry no lo había explicado muy bien.

La primera sugerencia vino de Randy Garlock.

Por ejemplo —dijo—, supongamos que estuviéramos ha blando de los niños de esta clase. Podríamos decir, por ejemplo, «*todos* los niños de esta clase son americanos». Pero también podríamos decir «*cada* persona de esta clase es un americano», y las dos oraciones significarían lo mismo. Porque si aquí todos somos americanos, entonces cada uno de nosotros es americano.

El señor Spence cogió una tiza, se dirigió a la pizarra y escribió cuidadosamente en la parte superior: «Expresiones que significan lo mismo que “**TODOS**”.» Y empezó una lista:

1. «Cada».

La mano de Lisa se levantó como disparada, como un resorte.

—«Cualquier» —proclamó—, porque si aquí todos somos americanos, entonces *cualquiera* de nosotros que puedas escoger resultará ser americano.

El señor Spence se volvió a la pizarra y escribió: «2. “Cualquier”.» Tony ya tenía la mano levantada antes de que Lisa hubiera terminado de hablar.

—¿Y «un»? —preguntó—. Me refiero a que, si uno dice «un niño que pertenezca a esta clase necesariamente es americano», eso es exactamente lo mismo que decir «todos los niños de esta clase son americanos», ¿no?

El señor Spence añadió a su lista: «3. “Un”.

—Me parece —dijo el señor Spence, después de un espacio de tiempo en que no hubo nuevas sugerencias— que no hay necesidad de ninguna palabra especial: basta con el artículo determinado «los». Si decimos «los caramelos son dulces», o bien «los Cadillacs son caros», queremos decir que *todos* los caramelos son dulces y que *todos* los Cadillacs son caros.

La clase quedó en silencio. El señor Spence escribió en la pizarra: «4. “Los”.»

Poco a poco, Timmy Samuels levantó la mano.

—Habla, Timmy —dijo el señor Spence.

—Bueno... —empezó Timmy, vacilante— a veces, cuando dices «si», quieres decir «todos». Como cuando uno dice: «si eres miembro de esta clase, entonces eres americano.»

El señor Spence acababa de escribir en la pizarra «5. “Si..., entonces...”», cuando sonó el timbre.

—¿Por qué no copiáis estas expresiones en vuestros cuadernos? —sugirió—. Luego, si se nos ocurren más, ya las añadiremos —y, volviéndose a Harry, preguntó—: ¿Hemos logrado ayudarte, Harry?

Harry asintió. Estaba muy agradecido al señor Spence por haber interrumpido la clase de Aritmética el tiempo que fue necesario para resolver su problema.

No hubo ocasión de volver a pensar en el asunto hasta después de comer. Estaba sentado encima de una pequeña valla que guardaba las escaleras traseras de la escuela, balanceándose.

«Bueno, algo hemos conseguido —se dijo—. Le hemos mostrado a Tony que, aunque de hecho pocas oraciones empiezan con las palabras “**todos**” o “**ningún**”, hay muchísimas

oraciones que pueden transformarse en “todos” o “ningún”.»

Pero Harry no había olvidado la otra pregunta de Tony, «¿para qué sirve todo esto?», y no podía encontrarle una buena respuesta.

En aquel momento apareció Tony con un aspecto más bien sombrío.

—¡Eh, Tony!, ¿qué te pasa? —le llamó Harry.

Parecía que Tony iba a dar media vuelta, pero al fin se encogió de hombros y se sentó en uno de los peldaños.

—Mi padre siempre habla como si yo, cuando sea mayor, fuera a ser ingeniero, como él. Cuando le digo que a lo mejor querré dedicarme a otra cosa, se enfada conmigo.

—¿Por qué piensa él que tú serías un buen ingeniero? —preguntó Harry.

—Porque siempre saco buenas notas en Matemáticas. Me dice: «Todos los ingenieros tienen facilidad para las Matemáticas, y tú tienes facilidad para las Matemáticas, así que saca tú mismo la conclusión.»

Durante un instante, Harry no contestó. Se repetía las palabras de Tony, dándolas vueltas en su cabeza. De pronto, ex clamó:

—¡Tony, eso no está bien!

—Ya lo sé —replicó Tony, frunciendo el ceño—, por supuesto que no.

—Quiero decir —dijo Harry— que lo que dice tu padre es: «Todos los ingenieros tienen facilidad para las Matemáticas», ¿no? Pues esa es una de esas oraciones que no pueden invertirse. De modo que no se sigue que todas las personas que tengan facilidad para las Matemáticas sean ingenieros. Y estoy seguro de que es así. Estoy seguro de que hay muchos médicos que tienen facilidad para las Matemáticas, y pilotos de avión, y personas de todas clases que no son ingenieros y tienen facilidad para las Matemáticas. ¡Así que no se sigue que, sólo porque tengas facilidad para las Matemáticas, tengas que ser por fuerza ingeniero!

—¡Es verdad!—dijo Tony—. Aunque sea cierto que *todos* los ingenieros tienen facilidad para las Matemáticas, no se sigue que *sólo* los ingenieros tengan facilidad para las Matemáticas—. Se puso en pie, hizo a Harry un rápido saludo y echó a correr hacia su casa. En los columpios, Harry se puso a probar el laberinto un rato antes de volver a casa. Sospechaba que al padre de Tony no le iba a impresionar mucho el nuevo argumento de su hijo. Pero, por lo menos, había conseguido que Tony viera que la idea tenía cierta utilidad. Con este pensamiento, Harry se olvidó del asunto y ensayó una nueva pirueta en el laberinto.

Capítulo III

Lisa y Jill Portos almorzaban juntas, sentadas en el escalón más bajo de la escalera de incendios. Según su costumbre, cada una compartía con la otra la mitad del bocadillo. El de Jill era, como siempre, de atún. El de Lisa, como siempre, de mantequilla de cacahuete y gelatina, siempre, de mantequilla de cacahuete y gelatina.

—Tendrías que ver la cara de mi padre cuando me ve mezclar Id mantequilla de cacahuete con la gelatina —dijo Lisa—. Dice que el solo *pensamiento* de semejante bazofia le pone malo.

—No me extraña —replicó Jill—. Mi madre siempre me está diciendo que debería beber leche en vez de tomar una lata de soda de uva. ¡Leche! ¡Puaf!

Pero Lisa aún estaba pensando en la observación de su padre. «¿El pensamiento de la mantequilla de cacahuete con gelatina lo pone malo? ¿Cómo un simple pensamiento podría ponerle malo?»

A mí los pensamientos me alegran la vida —dijo Jill, al cabo de un momento—. Por ejemplo, pienso en mi perro, Sandy. Es un *collie*. Siempre se está echando encima de la gente y mi padre le llama Romeo. Otras veces le pone nombres tontos, como Tocagaitas y cosas así. Cada día cuando vuelvo de la escuela lo saco a pasear ¡y se orina en todo lo que tenga el más mínimo parecido con un árbol!

Ya sé lo que quieres decir —dijo Lisa, volviendo a centrar la conversación—. Cuando estás en la escuela piensas en él, y es una sensación muy agradable tener un pensamiento que te gusta y acunarlo como si fuera una muñeca.

Jill estaba contenta de que Lisa lo hubiera entendido.

—¡Eso es! —exclamó—. ¡Eso es! Cuando dejo a Sandy, el pensamiento de él viene a la escuela conmigo y casi puedo sentirlo saltar a mi regazo para que le haga fiestas.

Lisa revolvía en la bolsa del almuerzo, buscando alguna golosina. De mala gana se conformó con una pera.

—Es curioso —dijo al cabo de un rato— que estemos hablando de pensamientos. ¿Sabes? Harry Stottlemeier siempre está hablando de cómo pensamos. ¿Recuerdas aquella discusión que tuvimos en clase el otro día?

—¿Cómo pensamos? —repitió Fran Wood, que acababa de acercarse y se había sentado con ellas.

—Sí, resulta que Harry siempre está hablando del pensamiento.

—Bueno, ¿por qué no?—preguntó Jill—. En la escuela hablamos de todo lo demás, de lluvias anuales, de guerras, de toxicómanos, y de la con-ta-mi-na-ción am-bien-tal.

Las chicas se rieron, reconociendo que Jill estaba imitando a la señorita Halsey, la de Geografía e Historia. Pero Fran quería seguir hablando del tema.

—Cuando decís «el pensamiento», ¿qué queréis decir: los pensamientos que tenemos en la cabeza..., o sea, ideas y recuerdos y sueños y todo eso... o la *manera* como pensamos?

—¿Qué quieres decir con eso de «la manera como pensamos»? —preguntó Jill.

—¡Ah, ya sé! —dijo Lisa en seguida—, es de lo que Harry y yo estábamos hablando, lo que llamábamos «descubrir las cosas a fuerza de discurrir». Cuando ya sabes algo y quieres ir más allá de lo que ya sabes, tienes que pensar. Tienes que descubrir las cosas a fuerza de discurrir.

—Pero tener simplemente pensamientos no es lo mismo que pensar de verdad —dijo Fran—. Yo siempre tengo la cabeza llena de pensamientos. No sé de dónde vienen. Para mí son como burbujas en la soda..., simplemente salen a la superficie y no vienen de ningún sitio.

Yo no pienso así en mis pensamientos —dijo Jill bajando la voz—. Para mí son como murciélagos que duermen colgados cabeza abajo en una caverna oscura. Por la noche se despiertan y aletean por toda la caverna haciendo un ruido demencial y yo no puedo dormir por culpa de los pensamientos que cruzan mi mente. Pero, de vez en cuando, uno sale de la caverna y entonces se convierte en un pájaro, incluso en un águila, quizás está libre, y ya no se le puede atrapar, y puede ir lejos, lejos, tan lejos como quiera.

Lisa asintió.

—Mi mente, ¡bueno!, es como un mundo por sí sola. Es como mi habitación. En mi habitación tengo las muñecas en un estante, y a veces cojo una para jugar y a veces otra. Y hago lo mismo con mis pensamientos. Tengo mis pensamientos favoritos. Y tengo otros en los que no quiero ni pensar.

—Pero los pensamientos no son de veras *reales* —observó Jill—. Quiero decir que no son reales como las cosas de tu habitación. Mi pensamiento de Sandy no es el Sandy real. El Sandy real está lleno de pelos. Pero mi pensamiento de Sandy no es peludo para nada.

—Bueno, pero es un pensamiento real —contestó Fran.

—¿Quieres decir —preguntó Lisa a Jill— que si hay algo ahí delante a lo que se parece tu pensamiento entonces tu pensamiento no es más que una *copia* o *imitación*, y no es verdaderamente real? Por ejemplo, si ahí delante hay un perro llamado Sandy, entonces mi pensamiento del perro no es verdaderamente real, porque no es más que una *copia* del perro? ¡Pero tenemos muchos pensamientos que no son copias de nada!

—¿Por ejemplo? —preguntó Jill.

—Por ejemplo, los números —contestó Lisa en tono triunfal— ¿Has visto alguna vez un número andando por la calle, o parado por ahí? El único lugar donde los números son reales es nuestra mente. Y seguro que hay cantidad de cosas, además de los números, que sólo son reales en nuestra mente.

—Es verdad —interrumpió Fran—: Los sentimientos. Cuando te sientes triste o alegre, ¿no están estos sentimientos en tu mente?

¡Tampoco he visto nunca un sentimiento andando por la calle!

Lisa no replicó. No estaba segura sobre los sentimientos. O por lo menos, acerca de dónde estaban. Pero sabía que tenía una mente llena de colores, sabores y sonidos que podía recordar, así como de ideas que inventaba o que simplemente se le ocurrían.

Se propuso hablar de esto algún día con Harry Stottlemeier.

Las tres niñas se fueron levantando para clase. Fran se detuvo para atarse las zapatillas, y cuando volvió la mayor parte de la clase estaba mirando los jerbos que acababa de traer Milly Warshaw. El timbre iba a tocar de un momento a otro y los dos ayudantes aún estaban junto a la puerta. Eran dos chicos bastante corpulentos y se pusieron a molestar a Fran estorbándole el paso. Quizá lo hicieron porque era una chica y probablemente ella pensó que lo hacían porque era una chica y, además, negra, pero ella no se inmutaba por bromas así, y los empujó fuera de su camino. La señorita Halsey se volvió justo a tiempo de ver lo que hacía Fran y la riñó severamente.

Fran no dijo nada. De pronto, hizo una cosa que nadie esperaba. Se subió al primer pupitre de la fila de delante y empezó a saltar airoso de pupitre en pupitre, hasta dar la vuelta al aula.

Entonces se sentó tranquilamente en su sitio.

Durante un largo rato —de hecho, hasta que acabó el día— Lisa conservó grabada en la

mente la extraña imagen de Fran saltando muy ufana de pupitre en pupitre, en medio de la clase en silencio. Fue una imagen que se le volvió a presentar con gran vivacidad cuando iba a dormirse. Pero luego la sustituyó otra imagen. Era el pasillo de la escuela, y gran número de animales se habían reunido en torno al surtidor. No hacían gran cosa; algunos bebían, pero la mayoría se limitaban a estar allí. Y Lisa notó una cosa extraña en cada uno de ellos. Las cebras tenían garras. Las jirafas tenían colas largas y peludas. Los elefantes tenían enormes bigotes. Un búfalo trataba de aplastarse contra el suelo, preparándose para saltar sobre un ratón de campo de ojos verdes. Los chimpancés tenían todas las orejas puntiagudas y ojos oblicuos; y un oso pardo se dedicaba a lamerse la zarpa y a lavarse la cara con ella.

¡Qué escena tan singular! Lisa se preguntaba si estaba soñando.

Y entonces, extrañamente, recordó una cosa de la que había estado hablando con Harry. «Todos los gatos son animales», en eso estaban de acuerdo, pero uno no puede invertir la oración y decir «todos los animales son gatos».

«De modo que no todos los animales son gatos —pensó Lisa, ¡pero en la ficción pueden serlo! Y en los sueños también. Yo puedo imaginar lo que quiera y cuando lo hago las reglas de Harry no tienen aplicación.»

Era algo que la había tenido intrigada, y ahora lo había resuelto. Se sintió satisfecha y, con una leve sonrisa, se quedó dormida y volvió a soñar con el surtidor del pasillo en el que todos los animales eran gatos, y con una granja en la que todas las hortalizas eran cebollas, incluso los pepinos y los tomates, y con un mundo en el que todos tenían diez años —incluso los niños pequeños y las personas mayores, incluso sus abuelos, todos. Y aun así, mientras soñaba, sabía que, cuando se despertara, lo haría a un mundo en el que todos los gatos son animales, pero no todos los animales son gatos.

* * *

Pero aquella noche, Tony Melillo daba vueltas en su cama y no podía dormirse. Tony estaba orgulloso de que encontraba la Aritmética más fácil que la mayoría de los otros niños. Pero también le gustaba la Lengua. No tanto las narraciones. Lo que más le gustaba era la Gramática. En realidad, a pocos niños les gustaba la Gramática, pero a Tony sí. Le gustaba ver cómo se conectaban entre sí las diferentes partes de las oraciones.

—Puedes desmontar una oración exactamente igual que desmontas un despertador viejo y extiendes en el suelo todas sus piezas delante de ti —le dijo una vez a Timmy Samuels. Timmy siempre estaba preguntándole a Tony cómo se hacían los deberes de Aritmética y de Lengua.

Pero ahora Tony estaba pensando en el descubrimiento de Harry y en lo que pasó cuando lo probó con su padre.

Papá —le había dicho—, ¿recuerdas lo que me dijiste el otro día de que todos los ingenieros tienen facilidad para las Matemáticas, y que por eso tengo que ser ingeniero?

El señor Melillo cerró el periódico, se quitó las gafas, apagó el cigarrillo en el cenicero y, finalmente, contestó:

—Sí, ¿por qué?

—Bueno —dijo Tony—, es que... dijiste: «todos los ingenieros tienen facilidad para las Matemáticas.» De acuerdo. Y tú eres ingeniero. Así que ya se sabe lo que significa eso: que se te dan bien las Matemáticas, ¿no?

El señor Melillo asintió con la cabeza y Tony continuó.

—Pero papá, de la oración «todos los ingenieros tienen facilidad para las Matemáticas» no se deduce que yo también tenga que ser ingeniero sólo porque resulta que se me dan bien las Matemáticas.

—¿Por qué no? —preguntó el señor Melillo.

De pronto, Tony se dio cuenta de que había olvidado la explicación de Harry. Se quedó desconcertado, temiendo que su padre volviera a abrir el periódico y se pusiera a leer. Entonces, con la misma prontitud, se acordó:

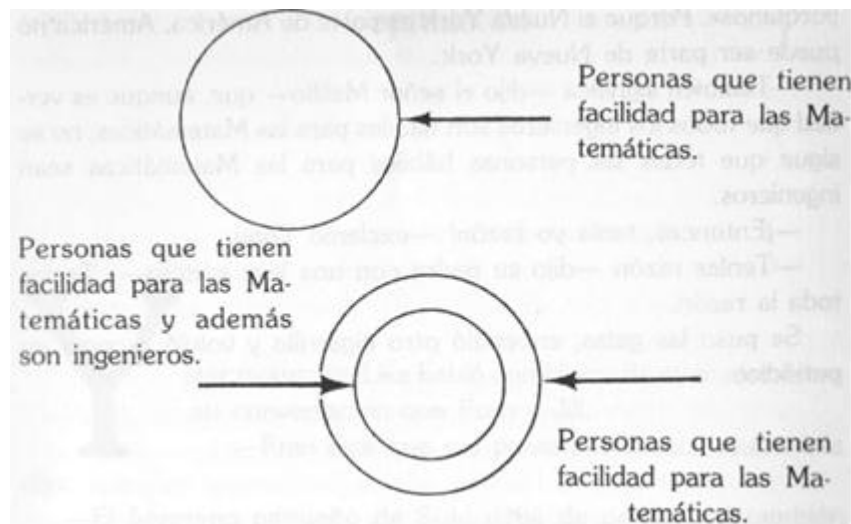
—Porque una oración de esa clase no se puede invertir —dijo triunfalmente, y comenzó a explicar a su padre lo que le había dicho Harry.

El señor Melillo escuchó pacientemente, y luego dijo:

—De acuerdo, pero yo soy un tipo que siempre quiere saber por qué las cosas son como son. De modo que lo que quiero que me expliques ahora es: ¿por qué las oraciones que empiezan con la palabra «todos» no se pueden invertir?

Tony movió la cabeza negativamente y admitió que no sabía por qué.

—Bueno, yo tampoco lo sé —dijo su padre—, pero estoy dispuesto a intentar averiguarlo. Mira, vamos a hacer lo siguiente— se sacó del bolsillo un sobre viejo y se puso a escribir por detrás—. Voy a dibujar un círculo grande y le voy a poner una etiqueta, así:



Lo que quiero decir es que todos los que tienen facilidad para las Matemáticas están dentro de este círculo, como si fuera una gran valla redonda o una cerca. Ahora voy a dibujar un segundo círculo dentro del primero, de esta manera:

Eso significa que el círculo pequeño sólo encierra ingenieros, pero que todos ellos tienen facilidad para las Matemáticas porque también caen dentro del círculo grande. Ahora puedes ver, Tony, cómo el círculo pequeño cabe dentro del grande, pero el grande no cabe dentro del pequeño.

Tony se quedó mirando a su padre.

—¿Quieres decir que ésa es la razón por la cual no podemos invertir las oraciones que empiezan con «todos» ¿Porque se puede incluir un grupo pequeño de personas o cosas dentro de un grupo más grande, pero no un grupo grande dentro de uno más pequeño?

—Por lo visto, en eso consiste todo —contestó su padre.

Tony dio una palmada sobre la mesa.

-Es como si dijeras «todos los neoyorquinos son americanos». Eso, de ningún modo, significa que «todos los americanos son neoyorquinos». Porque si Nueva York es parte de América, América no *puede* ser parte de Nueva York.

—También significa —dijo el señor Melillo— que, aunque es verdad que todos los ingenieros son hábiles para las Matemáticas, no se sigue que todas las personas hábiles para las Matemáticas sean ingenieros.

—¡Entonces, tenía yo razón! —exclamó Tony.

—Tenías razón —dijo su padre con una leve sonrisa—. Tenías toda la razón.

Se puso las gafas, encendió otro cigarrillo y volvió a coger su periódico.

Capítulo IV

Y efectivamente, Lisa habló con Harry Stottlemeier sobre su conversación con Fran y Jill.

—Fran dice que sus pensamientos son reales —le dijo.

—El hermano pequeño de Suki debe de pensar así también —replicó Harry—. Tiene dos años y el otro día, mientras dibujaba, dice Suki que le oyó decir: «¡Tengo un pensar, y hago una raya alrededor de mi pensar!»

—Bueno, ¿son o no son reales los pensamientos? —preguntó Lisa con impaciencia.

—Aún no lo sé —dijo Harry, golpeando su guante de béisbol—. En algunos aspectos son más reales aún que las cosas. Porque cuando las cosas no están a nuestro alrededor, no podemos estar seguros de que siguen existiendo, mientras que los pensamientos siempre los llevamos con nosotros. Puedes cerrar los ojos y hacer que el mundo desaparezca, pero no puedes hacer que desaparezcan tus pensamientos.

Lisa se encogió de hombros y fue para adentro. «No tengo nada que hacer», pensó. La hora del almuerzo no había terminado todavía. La señora Halsey estaba sentada a su mesa, que más bien parecía una montaña de papeles y libros. Saludó a Lisa con un movimiento de cabeza y siguió mirando por la ventana.

—Lisa —dijo—, ¿podrías ayudarme? Tengo que poner un tema de redacción para el fin de semana, pero no estoy satisfecha con ninguna de las ideas que se me han ocurrido.

—¿Un tema de qué tipo?

—Bueno, ¿qué te parecería hacer una redacción sobre «la cosa más importante del mundo»?

Lisa proyectó hacia afuera el labio inferior y se quedó pensativa.

—¡Uy!

—¿Uy? —replicó la señorita Halsey.

—Quiero decir que no me gustaría —dijo Lisa—. Además, ¿qué quiere decir con «importante»? ¿Importante en sí misma o importante para nosotros?

La señorita Halsey pareció sorprenderse. Exclamó:

—¡Tienes razón! Podría significar las dos cosas, ¿verdad? Bueno, ¿tú cómo sugerirías que lo dejáramos?

—¿Por qué no nos hace escribir sobre lo que más nos interesa a nosotros? —replicó Lisa.

La señorita Halsey asintió.

—Gracias, Lisa. Lo haré así —dijo.

Cuando la clase se hubo sentado, anunció el tema como «la cosa más interesante del mundo».

Timmy había levantado la mano.

—¿Quiere usted decir, cuando dice «cosa», algún tema de estudio, como Historia o Biología, o quiere decir una cosa que se pueda tocar y coger, como una pelota de fútbol o una raqueta de tenis?

—¡Vaya! —dijo la señorita Halsey, mirando a Lisa— ¡He vuelto a hacer lo mismo! Timmy, tienes toda la razón al hacer esa pregunta. He de ser más precisa. Sí, una cosa puede ser un objeto, como una raqueta de tenis, algo que se puede ver, tocar y medir, y puede ser algo más bien vago y difícil, como una actividad.

—¿Cómo hacer lo que más te gusta? —preguntó Fran, sonriendo.

—Bueno, pensaba más bien en actividades o procesos como respirar, oxidarse, volar o

esquiar..., cosas así — contestó la señorita Halsey.

Harry anotó cuidadosamente el deber en su libreta amarilla. I hasta el domingo no se volvió a acordar. Como de costumbre, iba escribiendo con gran lentitud. Y, por mucho que lo intentaba, no lograba que las palabras le quedaran pegadas a las líneas. Su redacción empezaba así:

«EL PENSAMIENTO»

Para mí, la cosa más interesante del mundo entero es el pensamiento. Ya sé que hay muchas otras cosas que también son muy importantes y maravillosas, como la electricidad, el magnetismo y la gravitación. Pero aunque nosotros las entendemos a ellas, ellas no pueden entendernos a nosotros. Por eso el pensamiento debe de ser algo muy especial.

Harry escribió varios párrafos más y, a continuación, metió la redacción en la cartera. Al hacerlo se le ocurrió una idea. «En la escuela pensamos sobre Matemáticas, Ortografía y Gramática. Pero, ¿se ha visto alguna vez pensar sobre el pensamiento?» Así que añadió esta frase a su redacción: «Si pensamos sobre la electricidad, la podemos entender mejor, pero cuando pensamos sobre el pensamiento es como si nos entendiéramos mejor a nosotros mismos.»

La madre de Harry estaba sentada al otro lado de la mesa del comedor, donde Harry estaba haciendo los deberes. Le preguntó cómo iba en Aritmética. No era un tema del que tuviera especiales ganas de hablar. De modo que dijo que bien. Entonces tuvo la idea de contarle cómo el señor Spence había invertido parte del tiempo de la clase de Matemáticas para discutir la idea que había tenido él sobre la inversión de oraciones y cómo los otros niños de la clase habían intervenido para ayudarle a construir oraciones básicas que funcionaran como común denominador. No dijo nada de que Bill Beck y Sandy Mendoza se habían burlado de él y su «lenguaje simple», como ellos decían. A Harry no le gustaba que se burlaran de él.

La señora Stottlemeier le escuchaba con atención. Siempre parecía un poco preocupada, incluso cuando no lo estaba.

—Harry —dijo—, me parece que está muy bien lo que haces. Pero, ¿de verdad crees que puedes coger todas las clases de oraciones y reducirlas a sólo dos clases, las que empiezan con «todos» y las que empiezan con «ningún»?

Harry dijo que «claro» pero, en realidad, no estaba muy seguro.

La señora Stottlemeier paseó la mirada por la habitación: por el pez en la pecera, los geranios en la ventana, los libros en la estantería...

—¿Cómo dirías una frase como «en la habitación hay siete sillas» en tu lenguaje?

Harry sabía, incluso antes de enfrentarse con la oración, que no iba a funcionar. No era suficiente decir «todas las sillas están en la habitación», si había precisamente siete. Y, naturalmente, tampoco era suficiente decir que *ninguna* silla estaba en la habitación. La madre de Harry intentó ayudarle, y se puso a pensar, y hablaron, pero no sirvió de nada. ¿Qué hacer con «en la habitación hay algunas sillas», o «en la habitación hay muchas sillas», o incluso con algo inverosímil como «casi todas las sillas del mundo están en la habitación»?

Al día siguiente, Harry preguntó al señor Spence si podía ayudarle con su problema.

—Bueno, Harry —dijo el señor Spence—, recordarás que el otro día escribimos en la pizarra una lista de palabras que podían ser sustituidas por la palabra «todos», ¿verdad?

Ahora me dices que no sabes qué hacer con oraciones que empiezan con palabras como «casi todos», «muchos», «pocos», etc. Pero, ¿no habrá una sola palabra que pueda sustituirlas a todas ellas?

—No se me ocurre ninguna —se lamentó Harry.

—A mí sí —dijo uno. Harry se volvió. Era Mickey Minkowski, que estaba detrás de él oyendo la conversación—. Lo que buscas es una palabra que lo cubra todo entre «todos» y «ningún». Entonces, ¿por qué no utilizar «algunos»?

El primer impulso de Harry fue decir: «No, Mickey, no servirá.» Pero cuanto más lo pensaba, más se convencía de que Mickey podía estar en lo cierto. Como había dicho Mickey, necesitaba una palabra que pudiera aplicarse a todos los casos que fueran menos que *todos* pero más que *ningún*. ¿Por qué no «algunos», como proponía Mickey?

Cuando el señor Spence comentó:

—A mí me parece bien, Mickey —Harry ya se había decidido.

Cuando llegó la hora de Matemáticas, el señor Spence dijo a la clase que iba a emplear unos minutos para hacer un añadido al lenguaje básico que estaban desarrollando. Y les contó la sugerencia de Mickey Minkowski. La clase anotó en sus cuadernos: «Cuando hay menos de *todos*, pero más de *ningún*, decimos ‘algunos’.»

Tony Melillo había levantado la mano.

—Veo un problema.

«El *siempre* ve problemas», se dijo Harry.

—¿Cuál es tu problema, Tony? —preguntó el señor Spence.

—Es que —dijo Tony— cuando trabajábamos con «todos» y «ningún», era como si tuviéramos una especie de contrarios, ¿entiende lo que quiero decir? O sea, «todos» viene a ser como el contrario de «ningún», y «ningún» el contrario de «todos». Pero si la oración empieza con «algunos», ¿entonces ya no tienes ningún contrario!

—¿Y quién te dice que lo necesitamos? —preguntó Harry.

—Yo lo digo —replicó Tony en tono cortante—, y tengo oraciones que te puedo enseñar.

—Vale, enséñamelas —replicó Harry. Y mientras decía esto, sabía que Tony lo haría. A media voz dijo—: ¡Idiota!

—Por ejemplo, una oración como «la mayoría de las personas no son pobres» —empezó Tony, como si no hubiera oído lo que había dicho Harry.

—Eso es mentira —dijo Dale Thompson—, la mayoría de las personas son ricas.

Tony hizo un gesto de fastidio.

—No es más que un ejemplo —dijo—. Pero, de acuerdo, pongamos otro ejemplo: «A muchas personas no les gusta bañarse.» Varios miembros de la clase asintieron al segundo ejemplo de Tony.

De pronto, Harry vio claro el problema

—¡«Algunos » está bien! —casi gritó—. ¡«Algunos» está bien! ¡Es el *verbo* lo que cambia! —la clase le miró sin entender—. ¡Es un caso el verbo es «son» y en el otro «no son»!

El señor Spence miró a Tony.

—Tu intervención fue buena, Tony, muy buena. Pero me parece que Harry también tiene razón. A ver si logro resumir lo que hemos adelantado —se acercó a la pizarra—. Voy a escribir cuatro oraciones distintas, pero con el mismo sujeto y el mismo predicado:

«Todas las asignaturas son interesantes»

«Ninguna asignatura es interesante»

«Algunas asignaturas son interesantes»

«Algunas asignaturas no son interesantes»

Harry suspiró aliviado. ¡Qué paso tan grande habían dado! Dejó de escribir en su cuaderno lo justo para ver que todos los demás miembros de la clase anotaban cuidadosamente lo que el señor Spence acababa de escribir en la pizarra. Hasta Tony estaba escribiendo a toda prisa.

Unos días después, la señorita Halsey devolvió a Harry la redacción que había escrito sobre «El pensamiento». La señorita había escrito muchas notas en los márgenes, pero una frase interesó a Harry sobre todo: «Tienes razón, Harry —había escrito— no hay hecho en el mundo más maravilloso que nuestra comprensión de ese hecho.»

Harry lo leyó una y otra vez, con gran admiración. «Lo ha expresado tan bien... —pensó—. Yo nunca lo podría expresar tan bien», —y se encogió de hombros.

«¡Siempre las personas mayores!», se dijo. Y cerró la cartera, listo para volver a casa. Al salir por la puerta lateral de la escuela, una piedra pasó zumbando junto a su cara y fue a romper la luna de la puerta. Harry se dio la vuelta justo a tiempo de ver a alguien que corría, pero no pudo ver quién era. Pero lo primero que pensó Harry fue que el chico que había tirado la piedra era Tony.

Capítulo V

Ya están las personas mayores...! —dijo Mark Jahorski cuando el conserje les echó, a él y a su hermana gemela, María, fuera de la salida de emergencia.

María, como siempre, conservaba la calma.

—Es su trabajo —observó—. Cuando tienes un trabajo que hacer, dices y haces cosas con las que puedes no estar de acuerdo, como cuando en la escuela tienes un papel en una obra de teatro y tienes que decir líneas con las que no estás de acuerdo.

Mark no dijo nada. Su hermana siempre le estaba explicando cosas. No solía estar de acuerdo con ella, pero raras veces sabía por qué. Entonces se les acercó Harry Stottlemeier. Venía comiendo pasas cubiertas de chocolate. Ofreció a Mark y luego, como pensándolo mejor, ofreció a María. Comieron los dulces en silencio.

Mark volvió a hablar.

—¡Qué paliza con la Historia! ¡Me aburro como una ostra en esa clase!

Harry no tenía ganas de discutir.

—Algunas de las asignaturas están bien y algunas no —contestó.

De pronto, a Harry le vino a la mente la imagen del señor Spence escribiendo en la pizarra:

«Algunas asignaturas son interesantes»

«Algunas asignaturas no son interesantes»

Pero esperó mientras Mark continuaba:

—No hay ni una que valga la pena —dijo—. Todas están mal.

—Mark —dijo María, con una pizca de enfado en su voz—, que algunas asignaturas te aburran a ti no quiere decir que todas sean aburridas.

—No es que lo quiera decir —contestó Mark—. Es que lo son y ya está.

Pero María continuaba como si no le hubiera oído.

—De hecho —dijo—, si algunas asignaturas son aburridas, tiene que hablar otras que sean divertidas.

Harry la miró con expresión de incredulidad.

—¿Cómo? —preguntó al fin.

—Digo... —empezó María, y repitió su observación—, Y no me estoy inventando nada —añadió—. Piénsalo por ti mismo.

Mark puso un libro en el suelo y, usándolo como un cojín, probó a sostenerse sobre la cabeza.

—Lo uno no se deduce de lo otro, María —objetó Harry—. Mira —dijo, sacándose del bolsillo la bolsa de dulces, que aún estaba casi llena—. Figúrate que no supieras qué clase de dulces hay en esta bolsa, y luego vieras sacar tres dulces y los tres fueran marrones. ¿Se seguiría que hay otros dulces en la bolsa que no son marrones?

—¿Quieres decir si yo sabría de qué color son los otros sin verlos? No, supongo que no.

—¡Naturalmente! —exclamó Harry—, ¡Si todo lo que sabes es que *algunos* de los dulces son marrones, no puedes decir de qué color son *todos*, y por supuesto no puedes decir, porque algunos son marrones, que otros no deben de serlo!

María dijo que no sabía ni siquiera de qué hablaba Harry, pero entonces Mark ya estaba de pie.

—Así que, si unos marcianos aterrizaban aquí, en el patio, en este preciso instante, y viéramos que todos eran muy altos, ¿qué demostraría eso sobre los otros marcianos que

podieran existir? —preguntó Mark.

—No se seguiría que los otros son altos y tampoco que no lo son —contestó Harry—. No podrías decir ni lo uno ni lo otro.

María se quedó pensativa.

—Pero la gente siempre está sacando conclusiones precipitadas. Si encuentran un polaco, o un italiano, o un judío, o un negro, enseguida sacan la conclusión de que *todos* los polacos son así o todos los negros o todos los italianos o todos los judíos.

—Es verdad —dijo Harry—. El único ejercicio que practican algunas personas es sacar conclusiones precipitadas.

—Y meterse con otras personas —comentó María.

Mark, sin embargo, aún estaba pensando en el anterior tema de conversación.

—Sigo pensando que la clase de Historia es horrible. De hecho, todas las clases en esta escuela son horribles. Es una escuela horrible.

—¿Las hay mejores? —preguntó Harry.

—No —contestó Mark—, seguramente no las hay. Conozco a niños que van a colegios privados, y a otros que van a escuelas parroquiales, y por lo que me cuentan, las escuelas son horribles en todas partes.

—¿Qué hace que sean tan malas? —preguntó Harry.

—Las personas mayores —respondió Mark en seguida—. Organizan las escuelas para su propia conveniencia. Mientras hagas lo que te dicen, bien. Pero si no, te la has cargado.

María y Harry estaban un poco incómodos con lo que Mark había dicho. Pero María seguía sentada sin moverse, mientras que Harry paseaba arriba y abajo. Al fin, cogió una piedra del suelo y la tiró a un poste de telégrafos: falló por más de medio metro.

—Mark —empezó María con calma—, sólo lo hacen por nuestro bien.

—Ya —dijo Mark—, puedes estar segura de que lo llamarán «bien» hagan lo que hagan.

—Bueno, pero alguien ha de dirigir las escuelas, así que han de ser las personas mayores, porque ellos saben más que nosotros. Con otras cosas pasa igual. Tú no querrías volar en un avión pilotado por un niño pequeño, ¿verdad? Y no querrías ir a que te operaran de apendicitis a un hospital en el que los cirujanos y las enfermeras fueran niños pequeños, ¿verdad? Entonces, ¿qué se puede hacer más que dejar que las personas mayores dirijan las escuelas, ya que son los únicos que lo pueden hacer bien? —María respiró profundamente. Había hablado mucho.

Mark tenía un aspecto muy sombrío.

—Yo no he inventado la idea de que los niños deban dirigir las escuelas: fuiste tú. Claro que, vete a saber, quizá, si lo hicieran, las cosas no irían peor de lo que van ahora.

Harry movió la cabeza negativamente.

—No es cuestión de si los mayores deben dirigir las escuelas o si deberían ser los niños. Esa no es la cuestión para nada. La verdadera cuestión es si las escuelas han de ser dirigidas por gente que sabe lo que hace o por gente que no sabe lo que hace.

—¿Qué quieres decir con «que sabe lo que hace»? —preguntó María. Harry se encogió de hombros.

—Que entienda, supongo —contestó—. El que dirija las escuelas debe entender a los niños, por ejemplo. Creo que Mark tiene razón. Muchas veces no nos entienden. Pero lo más importante que han de entender es, en primer lugar, por qué vamos a la escuela.

—Vamos a la escuela para aprender —dijo María.

—¿De veras?—preguntó Harry—. ¿Y qué tenemos que aprender?

—Supongo que respuestas —María se preguntaba adónde quería ir a parar Harry. De pronto, cayó en la cuenta—. No, no, retiro eso. Tenemos que aprender a resolver problemas.

Mark miró a María, luego a Harry, luego otra vez a María.

—¿Tenemos que aprender a resolver problemas —dijo, al fin, con aire inquisitivo—, o a hacer preguntas?

—Tenemos que aprender a pensar —dijo.

—Sí, aprendemos a pensar —contestó Mark—, pero nunca aprendemos a pensar por nosotros mismos. Los profesores no quieren admitirlo, pero yo tengo una cabeza propia. Siempre están llenándome la cabeza de basura de todas clases, pero mi cabeza no es el vertedero municipal. ¡Me saca de quicio!

—Bueno, ¿a qué clase de escuela te gustaría ir? —preguntó Harry.

Mark se quedó mirando unas palomas que había sobre la hierba, y luego replicó:

—¿Que a qué clase de escuela me gustaría ir? Te voy a decir a qué clase de escuela me gustaría ir. No tendrías que ir a clase a menos que quisieras. Así, tendrían que hacer las asignaturas interesantes de verdad para que tuvieras interés en asistir. Y, como en un museo, cada vez que quisieras saber más cosas sobre un tema, no tendrías más que apretar un botón y empezaría a pasar una película, o se pondría en marcha una máquina de enseñar. Y las asignaturas de ciencias se enseñarían como ciencia-ficción.

—El fallo que tiene lo que dices —interrumpió Harry— es que gran parte de lo que te enseñan en la escuela no *se puede* hacer interesante.

—Claro que se puede —replicó Mark—, Mira cómo hacen las cosas interesantes en los anuncios de televisión. Los anuncios son realmente magníficos, ¡y todo lo que anuncian es una miserable pastilla de jabón! —Harry sonrió.

—Pero todo eso es fingido, Mark, tú lo sabes.

—Claro —dijo Mark—, tienes razón. Pero en los anuncios cogen cualquier cosa sin importancia y lo adornan y lo hacen parecer fascinante, mientras que aquí, en la escuela, cogen temas como la historia que, en realidad, son muy interesantes y te los enseñan de tal manera que parecen aburridos y monótonos.

Harry movió la cabeza negativamente. Todo lo que dijo fue:

—No sé, Mark. Ya no sé qué decir.

—Ni yo tampoco —intervino María—, pero tengo que volver a casa. Aquí empieza a hacer frío.

Los chicos fueron hasta el otro lado del patio, donde estaban jugando un partido de béisbol. Se añadieron a los exteriores y luego cada uno de ellos bateó por turno. Al cabo de un rato, terminó el partido y se estaba haciendo tarde, hora de estar en casa. Pero Harry y Mark aún se quedaron, tumbados sobre un montículo de hierba, masticando tréboles y cebollas silvestres y mirando al cielo. El cielo estaba claro y azul, menos en un trozo que ocupaba una enorme nube blanca que se movía lentamente. De repente, Mark exclamó:

—¡Harry, es América del norte!

Y así era. Allí estaba Alaska, y la Bahía de Hudson y Florida y el Golfo de Méjico. Sólo que Méjico y California estaban un poco desdibujados y confusos. Los chicos miraban fascinados mientras el gran continente blanco se deslizaba majestuosamente por el Pacífico azul.

—¡Ha sido fantástico! —dijo Harry cuando la nube ya no era más que un borrón en la lejanía.

—Sí, genial —repuso Mark. Y añadió—: Pero, ¿sabes qué?, fue idea nuestra.

—¿Cómo que fue idea nuestra? —preguntó Harry.

—Quiero decir —dijo Mark—, ha sido una nube magnífica. Pero también, si lo piensas bien, ha sido magnífico que nosotros hayamos estado aquí tumbados y la hayamos visto como América del Norte navegando por el Pacífico. Tienes que admitir también esa parte.

El comentario de la señorita Halsey volvió a cruzar la mente de Harry como un titular de actualidad cruza el pie de la pantalla de televisión: «Por muy maravillosa que pueda ser una cosa, *entenderla* es igual de maravilloso.» No era exactamente como ella lo había expresado, pero la idea era la misma.

—Creo —observó Harry— que no es necesario viajar a la luna ni ir en submarino por el Pacífico para correr aventuras y ver maravillas. A veces están ahí delante, esperando que las veas.

—A veces me entusiasmo con mis propias ideas —dijo Mark—, y voy de un lado para otro en mi habitación o doy puñetazos a un cojín, o hago toda clase de tonterías hasta que me calmo.

Se quedaron callados un momento. Harry comentó:

—Oye, Mark, ¿se te ocurre quién puede haber sido el que me intentó dar con una piedra el otro día? —y, como al descuido, contó a Mark lo que había ocurrido.

—¿El martes, después de clase?

—Sí, el martes, después de clase.

No estoy seguro dijo Mark—, pero yo salía de clase antes que tú y recuerdo que vi a ese nuevo, Bill Beck, que estaba detrás de un árbol cerca de la puerta lateral.

«¡Bill Beck! ¿Por qué querría *él* tirarme una piedra?» —pensó Harry. «Pero, para el caso, ¿por qué iba a querer hacerlo Tony?»

Al volver a casa, Harry se iba fijando en lo que podía haber detrás de los árboles o acechando detrás de las esquinas. Fuera quien fuese el que había tirado la piedra el martes, quizá no fallaría la próxima vez.

Capítulo VI

Hay una música que no me puedo quitar de la cabeza —dijo Jill—. La tenemos en un disco y mi hermano siempre la está poniendo. Se titula «La perdiz del brujo», o algo así.

—Fran corrigió a Jill sonriendo.

—El aprendiz de brujo.

Jill se rió de su propio error.

—Es igual —continuó—, es como si estuviera obsesionada por esta música. Me viene cuando voy a hacer los deberes, y cuando voy a dormirme, y en cantidad de ocasiones. Ojalá pudiera sacudir la cabeza y quitármela de encima, igual que mi perro se sacude el agua de encima.

Era el viernes por la noche y Fran Wood y Laura O'Mara se habían quedado a dormir en casa de Jill.

—A mí a veces me pasa con sueños —dijo Laura—. Mi abuela estuvo enferma largo tiempo y, cuando murió, siempre soñaba con ella, y tenía la impresión de que era ella quien me hacía tener esos sueños. Pero, ¿cómo podía ser si ya estaba muerta?

—Los muertos no te pueden hacer nada —dijo Fran, y añadió—: Al menos no creo que puedan.

Jill miró a Fran interrogativamente.

Es curioso —dijo—, la última vez que oí ese disco fue hace una semana, pero desde entonces he estado oyendo la música en mi cabeza sin parar. Me impresionó mucho. Entonces, ¿no es posible que a Laura le haya impresionado mucho la muerte de su abuela, y esa sea la única razón por la que ha estado soñando con ella desde entonces?

Laura movió la cabeza negativamente.

—Cuando ves la Luna, es porque la Luna está ahí, haciendo que la veas, ¿no? Y en mi mente hace un momento oía tu voz porque me estabas hablando. Por eso creo que todos los pensamientos que hay en mi mente son efecto de cosas que están fuera de mi mente.

—Qué tonterías —dijo Jill—. Hay cantidad de cosas imaginarias que sólo están en tu mente, y fuera no hay nada en absoluto que se le parezca.

—¿Qué cosas? —preguntó Laura.

—Pues... los vampiros, y las hadas, y el monstruo de Frankenstein —replicó Jill.

—Vale —dijo Laura—, es verdad que no creo en hadas y monstruos. De los vampiros no estoy segura. Pero incluso las hadas y los monstruos hay personas reales que los inventan y nos cuentan historias de ellos y nos hacen creer en ellos.

—Laura —interrumpió Fran—, todo el rato hablas de lo que hay en la mente. Pero, ¿qué es la mente?, y ¿cómo sabes que tienes mente?

Laura bostezó, se estiró y, al mismo tiempo, meneó los dedos de los pies bajo las sábanas.

—Sé que tengo mente —replicó— igual que sé que tengo cuerpo.

El padre de Jill llamó a la puerta y dijo a las niñas que eran más de las doce y ya debían estar dormidas. Las niñas prometieron dejar de hablar (al menos eso dijo Jill; las otras a duras penas contenían la risa). Pero, al poco rato, ya habían vuelto al mismo tema.

Fran insistía en que una persona podía ver y tocar su cuerpo, pero no podía ver ni tocar su mente.

—Cuando dices «mente» —concluyó Fran— no hablas más que de tu cerebro. Sólo son reales las cosas que se pueden tocar.

—Muchísimas cosas reales son imposibles de ver ni tocar —objetó Laura—. Por ejemplo, si vas de paseo, ¿existe realmente una cosa llamada paseo? Si vas de visita o de compras, ¿existen realmente cosas llamadas visitas y compras.

—Bueno, ¿y qué quieres decir con eso? —preguntó Fran.

—Creo que lo que quiere decir Laura —dijo Jill— es que lo que llamamos pensamiento es algo que hacemos nosotros, como pasear, hacer visitas o comprar.

—Claro —asintió Laura—, eso es lo que quiero decir. Cuando dije antes que tenía mente, quería decir que *pensaba* cosas. Pienso en mis muñecas, o en mi hermana pequeña, o en lo que sea. «Tener mente» no es más que «pensar».

Pero Fran no estaba satisfecha con la solución a la que habían llegado Jill y Laura.

—Estoy de acuerdo —dijo— en que quizá la mente no sea exactamente lo mismo que el cerebro. Ya sé que antes dije que lo era, pero ahora he cambiado de idea y tengo otra cosa en mente —todas se echaron a reír, y luego Fran continuó—. Quiero decir: no puedes ver la electricidad, pero es real. Entonces, ¿por qué no podrían ser nuestros pensamientos algo eléctrico en el cerebro?

Esta vez fue la madre de Jill la que dijo a las niñas que tendrían que continuar la conversación por la mañana.

—Mamá —dijo Jill—, ¿qué es la mente?

La señora Portos sospechó que la estaban llevando a una discusión que ya debería haber terminado. Pero no quería dejar a Jill sin respuesta, de modo que dijo:

—Cuando tenía tu edad, Jill, pensaba que la mente era una cosa vaga como humo, parecida al aliento.

—¿Pensabas que la podrías ver cuando hace mucho frío, como se puede ver el aliento? —interrumpió Jill.

—No —replicó su madre—, sólo pensaba en ella como algo real pero invisible. Nunca lo podrías ver, pero era donde estaban tus pensamientos, tus sentimientos y tus recuerdos e imaginaciones, y todas estas cosas también estaban hechas de la misma materia fina y delicada.

—¡Oh! —exclamó Jill—. ¡Exacto! ¡Eso es lo que es!

La señora Portos sonreía.

—Quizá.

—Bueno, ¿qué podría ser, si no? —preguntó Jill, algo intranquila.

La señora Portos acarició la cabeza de Jill.

—Realmente no lo sé —dijo—. Al cabo de un momento añadió: — Y no lo digo porque sea tarde y no tenga ganas de hablar. Es verdad, realmente no lo sé. Pero a veces pienso que no es más que lenguaje.

—¿Lenguaje? —preguntó Jill.

—Cuando los niños empiezan a hablar, hablan con otras personas —dijo la señora Portos—. Cuando no hay otras personas a mano para hablar con ellos, los niños continúan hablando como si las hubiera. Dicho de otra manera, empiezan a hablarse a sí mismos. Y se hablan a sí mismos cada vez más calladamente hasta que no emiten ningún sonido. Eso se llama pensar.

—¿Y quiere usted decir —dijo Fran— que al principio los niños sólo verían las cosas cuando estuvieran presentes, pero cuando esas cosas ya no estuvieran presentes, las recordarían o las imaginarían? ¿Y entonces los pensamientos que tenemos en la mente no son más que las huellas que dejan las cosas en nuestra memoria?

—¡Ay, Fran, no sé, nunca lo he pensado de esa manera! —repuso la señora Portos.

Pero en ese instante entró el señor Portos y quiso saber qué era aquello que todos encontraban tan interesante como para discutir a las doce y media de la noche —de la madrugada, de hecho—, una hora a la que todos deberían estar en la cama.

—Estábamos hablando de sueños, y obsesiones, y cosas así, algunas de miedo —dijo Jill—. Y luego nos pusimos a pensar qué queremos decir cuando hablamos de la mente de las personas.

—Ya lo hablaremos mañana en el desayuno —propuso el señor Portos.

—Ya sé qué es —exclamó Laura—. ¡La mente es lo que tienen las personas y los animales no!

El señor Portos cogió una silla, se sentó pesadamente, y suspiró:

—No, Laura, no. Eso no sirve. La diferencia no está entre el ser humano y los animales. De ningún modo. El ser humano también es un animal. La diferencia es que el ser humano es un animal con *cultura*, y esa es la razón por la que creemos que tiene mente. De hecho *cualquier* animal tiene mente en la medida en que tenga cultura.

—¿Pero de qué habla? —le susurró Fran a Jill—. ¡Parece un libro!

—Bah, mi padre siempre habla así —replicó Jill—. ¿A que parece un libro?

La pobre Laura no pudo reprimirse:

—Señor Portos, ¡no le entiendo!

El señor Portos la miró con tristeza pero sin rencor, como si estuviera muy acostumbrado a que la gente dijera que no le entendía.

—Trataré de explicártelo por la mañana —le dijo amablemente—. Ahora a dormir. Buenas noches.

Las tres niñas se acostaron y, en menos de una hora, estaban dormidas como troncos.

Capítulo VII

EL señor Portos estaba impaciente por explicarse ante las niñas en el desayuno. Otras veces había notado que, cada vez que intentaba explicar sus ideas a Jill, a ella le era difícil entenderle. Así que esta vez estaba decidido a hablar tan sencilla y claramente como le fuera posible, porque aquella idea concreta que tenía le parecía particularmente importante.

Pero las cosas empezaron mal. Las niñas tardaron en bajar a desayunar, y cuando al fin se dejaron caer por la mesa, aún estaban medio dormidas y no tenían especialmente hambre.

—Me gustaría volver a lo que os decía anoche —empezó. Le pareció que Jill tocaba a Laura con el pie bajo la mesa, pero no estaba seguro, así que continuó—. Tú sostenías, Laura, que los seres humanos tienen mente y los animales no, ¿es así?

A Laura le habría gustado decir: «Déjelo, señor Portos», pero su educación se lo impedía. Ni siquiera suspiró, aunque ganas no le faltaron. Sólo dijo:

—Sí, señor Portos.

El señor Portos pensó que contaba con la atención de las niñas, así que continuó:

—Ahora bien, Laura, no hay una diferencia neta entre la inteligencia del hombre y la de los animales. Es sólo una diferencia de grado, del mismo modo que la diferencia intelectual entre un lactante humano y un adulto humano no es más que una diferencia de grado.

—¿Qué quiere usted decir con «una diferencia de grado»? —preguntó Fran.

Las otras asintieron, indicando que también ellas querían una explicación. El señor Portos se quedó muy sorprendido. Había dado por supuesto que las niñas entendían la distinción entre «diferencias de grado» y «diferencias de clase».

Después de pensarlo un poco, dijo:

—Vosotras tenéis todas diferente estatura, ¿verdad? Fran es la más alta, la siguiente es Laura y luego viene Jill. Así que tenéis diferentes estaturas, y se trata de diferencias de grado. ¿Tenéis también distinto peso?

—Laura pesa más —dijo Jill—, luego viene Fran y luego yo. ¿Estas diferencias también son de grado?

—Exacto —contestó el señor Portos—. Ahora bien, la diferencia entre estatura y peso es una diferencia de grado. No es una diferencia gradual; es una diferencia neta. La estatura se mide en metros y centímetros, mientras que el peso se mide en kilos y gramos.

—¿Y eso qué tiene que ver con la mente? —preguntó Fran.

—Bueno, como he dicho antes —explicó el señor Portos—, la diferencia entre la conducta mental del animal y la del ser humano es, en mi opinión, una diferencia únicamente de grado, de modo que en realidad no podemos decir que los animales carezcan de mente.

—Pero, ¿hay alguna diferencia de clase entre el ser humano y los animales —preguntó Jill, sorbiendo al fin el zumo de naranja.

—Bueno, creo que la hay. El ser humano tiene cultura pero, ¿tienen cultura los animales? —antes que las niñas pudieran decir nada, el señor Portos continuó—. Ya sé lo que vais a preguntar: «¿Qué es la cultura?» Bueno, son las diferentes formas de vida en común que en una sociedad concreta ha desarrollado un pueblo. Es su lengua, y su sistema educativo, y su arte, el modo de ganarse la vida, el modo de organizar su sistema político, sus matrimonios, sus propiedades, etcétera. Y estas diferentes formas de vida en común se transmiten de generación en generación. De esta manera, una cultura viene a representar todas las experiencias vitales de cientos de miles de generaciones.

Las niñas se quedaron mirando al señor Portos. Al principio, creyeron que le entendían pero, ahora les era muy difícil seguir lo que decía.

De pronto, al señor Portos se le ocurrió una manera de ilustrar lo que decía.

—Jill —dijo—, el ser humano por naturaleza viaja por tierra firme. ¿Qué hace cuando quiere viajar por el agua?

—Nada o construye un barco—contestó Jill.

—Y una vez que alguien ha descubierto el modo de construir un barco, todo el que quiera viajar por el agua puede copiar su invento —dijo el señor Portos—. Si quiere volar, ¿esperará a que le salgan alas?

—No —replicó Laura—, inventará globos, aviones y cohetes, o empleará el invento de otro.

—Pero, ¿qué ocurre con los otros animales?—preguntó el señor Portos—. Las aves vuelan, pero no fabrican aviones. Los peces viajan por el agua, pero no construyen barcos. De hecho, las ballenas fueron antiguamente animales terrestres, pero gradualmente se *convirtieron* en animales marinos. No sobrevivieron, como Noé, *haciendo* barcos, sino, podríamos decir, *convirtiéndose* en barcos...

—Un momento —interrumpió Fran—. Me parece que empiezo a ver adónde quiere usted ir a parar. Los animales se limitan a hacer ciertas cosas, viven y viajan de ciertas maneras que ya son así. Pero el ser humano puede inventar nuevas formas de vida y nuevas maneras de cambiar el mundo que le rodea.

El señor Portos se reclinó en su silla y sonrió.

—Estás empezando a entender, ¿eh? —exclamó.

Jill apartó su silla de la mesa.

—Ella puede que sí, pero yo no. Empezaste hablando de la cultura. Y ¿qué tienen que ver con la cultura los barcos, los aviones y los cohetes? —preguntó.

—¿No lo ves, Jill?—le dijo su padre—. Los animales no inventan cosas. Pero los inventos que han hecho todas las personas que han vivido sobre la Tierra, todos ellos permanecen conservados para siempre en la cultura humana. Cada vez que utilizamos un invento, leemos un libro, estudiamos una ciencia o escuchamos música, estamos disfrutando la idea de otra persona, alguien que puede haber vivido hace miles de años y a miles de kilómetros de aquí. Igual que los recuerdos quedan grabados de la memoria, así los pensamientos en la Humanidad quedan registrados en la cultura humana, y nunca desaparecerán ni se extinguirán.

Desgraciadamente, el señor Portos tenía que irse, de modo que no había tiempo para que las niñas le hicieran más preguntas.

El lunes, Jill ya no recordaba los detalles de la teoría de su padre sobre la mente. Quiso contársela a Lisa y a Harry, aunque lo único que pudo recordar fue la distinción entre diferencias de grado y diferencias de clase. Pero, para su sorpresa, a Harry le interesó mucho.

—Lisa —dijo Harry—, ¿recuerdas cómo invertimos aquellas oraciones y descubrimos que podíamos invertir las oraciones que empezaban con la palabra «ningún», pero no podíamos invertirlas si empezaban con «todos»?

Lisa asintió. Se dio cuenta que Harry estaba entusiasmado con la nueva idea que tenía.

—Bien, pues fíjate —continuó Harry, cogiendo un trozo de tiza y dirigiéndose a la pizarra—, esto dijo el padre de Jill:

«Fran es más alta que Laura

Laura es más alta que Jill.»

¿Pueden invertirse estas oraciones? Por supuesto que no. Porque si es verdad que Fran es más alta que Laura, entonces no puede ser verdad que Laura sea más alta que Fran.

—¿Y qué? —preguntó Jill—. Eso lo sabe todo el mundo.

—Vale —continuó Harry—, pero si ahora coges una oración como ésta:

«Nueva York está lejos de San Francisco»

Y la inviertes, seguirá siendo verdad. Así que, por lo visto, cuando hablas de ciertos tipos de relaciones, puedes invertir las oraciones y siguen siendo verdad, pero con otros tipos de relaciones, al invertir las oraciones, se convierten en falsas.

—Creo que ya lo entiendo —exclamó Lisa—. Es como en Aritmética, donde se usa «igual a», y «es mayor que» y «es menor que». Puedes invertir una oración que contenga «igual a» y seguirá siendo verdad, pero si inviertes las otras, se convertirán en falsas.

—¿Y una oración como «Bill Beck está enfadado con Harry»?—propuso Jill—. ¿Se puede invertir?

Antes de que Harry pudiera contestar, tuvo tiempo de ver a alguien de pie, en la puerta. Era Bill Beck, que parecía muy azorado. Un momento después, ya no estaba.

Capítulo VIII

Mientras Lisa, Jill y Harry hablaban, el señor Spence estaba tratando de arreglar un proyector de diapositivas que tenía pensado utilizar en la hora siguiente. Los demás miembros de la clase ya estaban en sus sitios esperando el comienzo de la clase. ¿En qué estaban pensando mientras esperaban?

Milly Warshaw no recordaba si aquella mañana había dado de comer a sus jerbos.

Dale Thompson hacía cábalas sobre si su abuelo le compraría un balón de fútbol, como había prometido.

Timmy Samuels trataba de decidir si la barriga le dolía lo suficiente para preguntar al señor Spence si podía ir a casa.

Tony Melillo estaba calculando mentalmente la suma de 38 más 95.

Suki Tong pensaba en su amiga Penny, que se había trasladado a otra ciudad hacía cuatro meses. Habían sido vecinas y amigas durante casi toda la vida.

Randy Garlock se veía saliendo de una nave espacial: la primera persona en poner el pie sobre Marte. (Habría grandes cavernas para explorar, llenas de cristales de colores increíbles.)

Luther Warfield hacía esfuerzos por no pensar en la enorme rata que había visto corriendo sobre su cama la noche anterior, y que al encender la luz había visto encima de una cañería. Estaba seguro de que, por un instante, la rata le había olfateado la cara.

Mickey Minkowski estaba considerando las ventajas y desventajas de hacer una pelota de papel y tirársela a Laura O'Mara.

Ann Torgenson pensaba en el cuadro tan bonito que se podría pintar con el jarrón de flores que había en el antepecho de la ventana.

Jane Starr pensaba en la injusticia con que había sido castigada aquella mañana, sólo porque le había dado un minúsculo empujoncito a su hermano y él había sido tan tonto de caerse encima de una mesita de té y romperse un brazo.

Pam Ridgeway se preguntaba si su padre volvería a casa alguna vez.

Mark Jahorski estaba preocupado por lo que haría si aquellos chicos de séptimo empezaban a molestar a María otra vez camino de casa.

María Jahorski trataba de decidir si debía esperar que Mark la protegiera, o debía confiar en que era la chica que más corría de toda la clase.

Fran Wood se preguntaba si el señor Spence le gustaba porque era buena persona y un buen profesor o porque él también era negro.

Sandy Mendoza estaba discutiendo la manera de sacar unos centavos para comprar regaliz después de clase.

Jill Portos pensaba en lo perfecto que era el mundo. «Qué maravilloso —pensaba— que el cielo sea azul. Azul es lo perfecto. Naturalmente, si fuera verde, rojo o naranja, también serían colores bonitos, y supongo que me gustarían tanto como me gusta el azul.»

Y Laura O'Mara estaba cavilando cuál sería la mejor manera de convencer a su madre de que le dejara ver la televisión aquella noche.

Poco después, mientras Lisa, Harry y Jill aún estaban hablando de oraciones que se pueden invertir, ¿en qué pensaban los otros miembros de la clase?

Millie Warshaw, que por fin recordaba haber dado a sus jerbos semillas de amapola, no conseguía recordar si les había dado agua.

Dale Thompson se devanaba los sesos pensando cómo, si Fran sacaba tan buenas notas en

aritmética, él tenía que sacarlas tan malas.

Timmy Samuels decidió que quizá lo mejor sería ir al lavabo.

Tony Melillo se preguntaba si debía salir a la pizarra a ver de qué hablaban Jill y Lisa con Harry. Decidió no hacerlo.

Suki Tong se preguntaba si no llevaba el flequillo demasiado largo. Pero su padre le había dicho que a él le gustaba largo.

Randy Garlock continuaba su exploración de una caverna que conducía al centro de Marte. Desembocaba en una enorme habitación.

Luther Warfield aún estaba tratando de no pensar en la rata. Arrugó la nariz y se estremeció.

Mickey Minkowski decidió que no estaría bien darle a Laura con una pelota de papel. Le daría con un avión.

«La forma de los tallos y flores del jarrón es bonita —pensaba Anne Torgerson—, pero los colores son horribles. Si lo pinto, pondré mis propios colores y quedarán mucho mejor.»

Jane Starr llegó a la conclusión de que tenía la peor familia del mundo entero, categóricamente la peor.

Pam Ridgeway pensó en la barba raposa de su padre y en la manera que tenía de lanzarla al aire y volverla a atrapar, mientras ella chillaba muerta de risa. ¿Lo volvería a ver alguna vez?

Mark Jahorski pensaba en lo bello que sería el mundo si no hubiera más guerras y todos tuvieran suficiente para comer.

María Jahorski pensaba en lo bello que sería el mundo con sólo que las personas no discutieran tanto.

Fran Wood estaba pensando en el modo en que su padre había dicho «¿Por qué no?», cuando ella le preguntó si una mujer podría ser algún día presidente del Gobierno. Y cómo vaciló y luego repitió «¿Por qué no?» cuando ella dijo «¿Incluso una negra?»

Sandy Mendoza se preguntaba por qué algunos niños tenían dinero para comprar caramelos y cocacolas e ir al cine y él no. Se propuso ahorrar el dinero suficiente para comprar un billete de lotería, y luego, cuando ganara, se compraría un auténtico *Ferrari* de carreras.

Jill Portos planeaba su próxima «dormida» con Lisa y Anne. ¡Pero no con esa repelente Jane Starr!

Y Laura O'Mara no entendía por qué Tony Melillo estaba todo el rato mirando en dirección a ella.

Al fin, el señor Spence optó por bajar el proyector de diapositivas a la planta baja, a ver si el señor Wilbur, el conserje, podía arreglarlo. Harry apartó el pensamiento del extraño aspecto de Bill Beck y se concentró en los dos tipos de oraciones.

—¿Sabes lo que podríamos hacer?—preguntó Harry—. Podríamos poner en la pizarra los nombres de los dos tipos de oraciones y luego hacer listas de ejemplos.

En aquel instante volvió el señor Spence, que había encontrado en el vestíbulo al señor Wilbur y le había dado la máquina para que la arreglara.

El señor Spence (que era allí el único que alcanzaba la parte superior de la pizarra) accedió a escribir en ella las dos clases de oraciones.

—Todavía no entiendo de qué va esto —dijo Jane.

—Espera y verás —dijo Lisa.

—Bien —dijo el señor Spence—, primera columna: ejemplos de oraciones que se pueden invertir.

—«Igual a» —dijo Lisa—. Por ejemplo, «tres más siete igual a diez». Si lo inviertes sigue siendo verdad, «diez igual a tres más siete».

—¡Ya sé, ya sé! —gritó Mickey—. «Es mayor que». Seis es mayor que dos, y al invertirlo..., entonces...

Todos se rieron, incluso Mickey.

—¿Y «es hermana de»? —preguntó Suki—. Si es verdad que, pongamos por caso, Joan es hermana de Mary, también será verdad que Mary es hermana de Joan.

—Está bien, ¿no? —opinó Lisa.

Pero el señor Spence dudaba y Tony se apresuró a decir:

—No, no, un momento. María es hermana de Mark, pero Mark no es hermana de María.

Todos se volvieron a reír, aunque algunos no sabían del todo por qué.

Mickey había vuelto a levantar la mano.

—Ahora sí que lo tengo —declaró—. «¡No es igual a!» Si es verdad que nueve no es igual a cinco, también será verdad que cinco no es igual al nueve.

Un aplauso fue la recompensa de Mickey quien, en correspondencia, se levantó e inclinó la cabeza elegantemente, hasta que Sandy Mendoza, que se sentaba a su lado, le obligó a sentarse de un tirón.

Laura propuso «lejos de».

—Porque —dijo— si mi casa está lejos de la casa de Lisa, también la casa de Lisa está lejos de mi casa.

El señor Spence pensó que era hora de pasar a la columna siguiente: oraciones que no se pueden invertir.

—Apuntemos como primer ejemplo la primera propuesta de Mickey «es mayor que». ¿Alguna otra?

Suki estaba pensando en su propuesta anterior.

—Es que —dijo—, si hubiera dicho «es pariente de», habría estado bien. Pero es igual, se me ocurre otra cosa: las oraciones con «es el padre de». Si el señor Portos es el padre de Jill, entonces es falso decir que Jill es el padre del señor Portos.

—«Es más fuerte que» —dijo Dale.

El señor Spence movió la cabeza en asentimiento y escribió «es más fuerte que» en la segunda columna. Dale empezó a hablar con Mickey, y Harry les llamó la atención.

—¡Eh, vosotros, callaros un momento!

Mickey hizo una mueca y dijo:

—¡Cállate tú, Stottlemeier!

Pero Harry aún estaba pensando en las oraciones que antes había escrito en la pizarra:

«Fran es más alta que Laura.»

«Laura es más alta que Jill.»

—Fijaos —dijo Harry—, si pones estas dos oraciones juntas, ves que Fran es más alta que Jill.

—¡Bah! Eso lo sabe todo el mundo —dijo Mickey—, Fran le lleva a Jill la cabeza.

—Lo que digo —replicó Harry— es que basta con poner juntas las dos oraciones para

verlo.

—Es evidente —intervino Tony—. Si 8 es mayor que 6, y 6 es mayor que 4, evidentemente 8 es mayor que 4. ¡Vaya cosa!

—Me parece que lo que quiere decir Harry es que hay relaciones que es como si se transmitieran, como «es mayor que», mientras que otras no lo hacen —dijo Lisa.

—Me parece que «corre más que» es de las que se transmiten —dijo María—. Porque si yo corro más que Milly, y Milly corre más que Anne, entonces por fuerza tengo que correr más que Anne.

Sandy propuso «más rico que», y Timmy «más ocupado que». Mientras el señor Spence lo estaba escribiendo en la pizarra, Mickey sugirió «más idiota que», pero el señor Spence dijo:

—¡Ya está bien, Mickey! —sin dejarle ilustrar su sugerencia.

—Bueno, vamos con ejemplos de relaciones que no se transmiten —propuso el señor Spence.

—«Hijo de» —dijo Fran—. Si A es hijo de B y B es hijo de C, no por eso es verdad que A sea hijo de C.

—«Cinco años mayor» —dijo Jane—. Porque si yo soy cinco años mayor que mi hermana Edna, y Edna es cinco años mayor que mi hermana pequeña Isabel, de ahí no se deduce que yo sea cinco años mayor que Isabel.

—«Dos veces más rápido que» —dijo Mark—. María es dos veces más rápida que yo, y yo soy dos veces más rápido que Mickey. Pero no por ello va a ser María dos veces más rápida que Mickey.

—Si insinúas que María es cuatro veces más rápida que yo, debes de estar loco —dijo Mickey.

Todos rieron, porque, aunque Mickey era el mejor de la clase en lucha grecorromana, en la carrera era muy lento.

El señor Spence pensó que era hora de continuar la lección de Matemáticas. Pero Harry apenas podía prestar atención. Seguía pensando en las relaciones del tipo transmisible. Luego averiguó de qué se trataba. Las oraciones de su libreta: «Todas las clases son interesantes», etc. Pero, la palabra «son» ¿representaba una relación transmisible? Había que probarlo. «Supongamos que tomamos la oración “todas las clases de Historia son clases” — reflexionó— y le añadimos “todas las clases son interesantes”. ¿Qué obtenemos? Obviamente —advirtió Harry— obtenemos “todas las clases de Historia son interesantes”.»

Harry tuvo la impresión de que había dado con algo importante.

Volvió a probarlo. Eligió dos oraciones:

«Todos los sabuesos son perros.»

«Todos los perros son animales.»

Lo que se deduce de ahí —pensó Harry—, es que todos los sabuesos son animales, porque la relación es de las transmisibles. La palabra «son» —concluyó Harry—, ha de significar «pertenece a la clase de». Decir «todos los sabuesos son perros» viene a ser lo mismo que decir «todos los sabuesos pertenecen a la clase de los perros». De modo que las oraciones cuyo verbo es «son» son oraciones de relación transmisible —concluyó.

Pasó una semana sin que Harry tuviera ningún motivo para pensar de nuevo en las relaciones transmisibles. Estaba haciendo unos deberes de Geografía, y una de las cuestiones

era «¿Son las islas Shetland parte de Gran Bretaña?». Harry sabía algunas cosas sobre las islas Shetland. Sabía que de allí procedían los *ponys shetland*, y Jill Portos le había dicho una vez que su *collie* enano lo habían traído de las islas Shetland, y por ello lo llamaban «*Sheltie*». Pero no tenía idea de dónde estaban las islas Shetland. Harry consultó su enciclopedia. Sólo decía que las islas Shetland eran parte de Escocia. Pero Harry no necesitaba saber más. Ya sabía que Escocia era una parte de Gran Bretaña. Así que, obviamente, las islas Shetland habían de ser parte de Gran Bretaña.

Incluso escribió en un papel:

«Las islas Shetland son parte de Escocia.

Escocia es parte de Gran Bretaña.

Luego las islas Shetland son parte de Gran Bretaña.»

Harry se dijo: «Habría dado con la respuesta sin dificultad aunque nunca hubiera oído hablar de relaciones transmisibles. Pero ahora sé cómo se hace, o sea, cómo es posible partir de dos oraciones de relación transmisible y sacar de ellas una tercera. Aún así... —se preguntaba Harry, volviendo a sus deberes— ¿piensa la gente así a menudo?» Recordaba la observación de Tony: «¿Y qué? ¿Para qué sirve todo esto?» Y, por primera vez, Harry se sentía un poco incómodo. ¿Para qué servían las Matemáticas, la Geografía, la Gramática o la Historia? ¿Qué sentido tenía todo? Si tenía sentido pensar en cómo sumar y restar correctamente, o en cómo hablar correctamente, ¡también tenía sentido pensar en cómo pensar correctamente! Pasó un rato hasta que se calmó su entusiasmo.

* * *

Después de clase, Tony se paró a ver la cabaña que Mark y su hermano mayor estaban construyendo sobre un árbol. Tony tuvo que encaramarse por una gruesa soga llena de nudos, pero cuando llegó arriba se encontró con que la plataforma era bastante amplia y cómoda.

—¡Chico! —exclamó—. ¡En invierno esto está formidable! ¡Desde aquí podrás sostener batallas de nieve y todo! ¡Y qué torre de vigilancia!

Después que hubieron pasado un rato trepando por el árbol, Tony dijo:

—Mark, ¿le dijiste a Harry lo que pasó realmente el día que casi le dan una pedrada?

Mark movió la cabeza negativamente y dijo:

—Lo único que le dije fue que vi allí a Bill Beck en aquel momento... Lo cual era completamente cierto. ¿Por qué? ¿Qué ocurrió en realidad?

—Bueno —dijo Tony—, ya sabes cómo ha estado comportándose Bill desde que mataron a su padre en la guerra. Está como loco. Pues bueno, aquel día el padre de Harry fue a la escuela con él, por lo que fuera, y Bill los vio, y parece que le dio envidia. Luego, Harry se pasó el día hablando de oraciones que se deducen unas de otras..., ya sabes cómo habla. Y se ve que eso a Bill le iba fastidiando cada vez más. Así que, al fin, salía yo por la puerta lateral y cuando casi llegaba a la acera vi a Bill cogiendo impulso para lanzar la piedra y le oí decir: «Toma, sabihondo, para que aprendas.» Y, a continuación, oí el estruendo de los cristales.

—¿Por qué no se lo dijiste a Harry?—preguntó Mark—. Durante un tiempo pensé que habías sido tú.

—Bueno —replicó Tony—, es que tenía miedo de que me hubiera visto y pensara que había sido yo. Por eso yo estaba esperando a que él me acusara. Pero no lo hizo —y se fue descolgando por la soga hasta alcanzar el suelo.

—Yo de ti se lo diría —gritó Mark desde arriba—. Creo que debería saberlo.

Capítulo IX

Dale Thompson estaba en su sitio, con la cara escondida entre los brazos, de modo que los otros alumnos no le vieran llorar. Pero las lágrimas resbalaban incontroladamente por su rostro, goteaban de la nariz y las mejillas y formaban sobre el pupitre un charco que cada vez se hacía más grande.

Desde hacía un mes, mientras el señor Bradley estaba enfermo, el profesor de la sala de estudio era una sustitua, la señorita Cudahy, y ahora la señorita Cudahy permanecía en silencio sentada a su mesa, pensando qué hacer con Dale. Aquella mañana, cuando llegó la hora de hacer el saludo a la bandera, Dale no se había levantado de su asiento. No estaba enfermo; simplemente se negó a ponerse en pie con los otros alumnos durante el saludo, y parecía incapaz de dar razón de ello.

Al fin, la señorita Cudahy mandó a Dale abajo a ver al director, el señor Partridge. Dale tuvo que esperar en el vestíbulo de la oficina durante casi media hora —una media hora bien aburrida— hasta que el señor Partridge estuvo libre.

—Vamos a ver, Dale, ¿cuál es el problema? —preguntó el señor Partridge.

Su voz era cordial; su tono, amistoso. Tuvo un efecto tranquilizante sobre Dale, que empezó a secarse la cara con un pañuelo y a sonarse la nariz.

—No podía hacerlo, señor Partridge, simplemente no podía hacerlo —soltó entre ruidos nasales—. Mis padres me dijeron que no debía hacerlo.

—¿Tus padres? —el señor Partridge se puso más serio—. ¿Qué pueden ellos objetar a que te pongas de pie durante el saludo?

—Es su religión..., nuestra religión —contestó Dale—. Mi padre me lo enseñó anoche en la Biblia. Está en el capítulo veinte del *Éxodo*. Prohíbe la idolatría.

—¿Qué crees que significa «idolatría»?

—Eso mismo le pregunté yo a mi padre —contestó Dale—, y él dijo que era «postrarse ante ídolos» y me enseñó el sitio donde dice: «No tendrás otros dioses frente a mí.» Dijo que sería como postrarse ante un falso dios.

—Pero Dale —dijo amablemente el señor Partridge—, la bandera de los Estados Unidos no es un ídolo. No es más que un... un emblema o un símbolo. Y ponerse en pie no es lo mismo que postrarse ante un dios o ante la imagen de un dios. Sólo es un gesto de respeto por lo que la bandera representa.

—¿Y qué representa?

—¡Cómo! ¡La patria!... Lo sabes perfectamente —replicó el señor Partridge.

—Bueno, a lo mejor no adoramos a la bandera en sí misma, a lo mejor quiere decir que adoramos a la patria que representa la bandera, y por eso mis padres no están de acuerdo, porque dicen que deben adorar a Dios y a nada más.

Dale se quedó mirando amargamente al suelo. Tras un momento de silencio, el señor Partridge dijo:

—Te voy a decir lo que vamos a hacer, Dale. Ahora vuelves a tu clase y, en cuanto tenga ocasión, bajo y hablo a la clase acerca de esto, porque todos lo han visto esta mañana y pueden estar intranquilos.

Hasta las primeras horas de la tarde, el señor Partridge no pudo visitar la clase. Cuando llegó, explicó a la clase lo que había sucedido. Les contó por qué los padres de Dale no querían que se pusiera en pie durante el saludo, y también les explicó por qué pensaba que el

respeto a las banderas no tenía nada que ver con la religión. Luego preguntó a los miembros de la clase si tenían alguna opinión al respecto.

Mark Jahorski levantó la mano.

—Señor Partridge, usted dice que no tiene nada que ver con la religión, pero cuando juramos fidelidad a la bandera, hemos de mencionar a Dios, y me parece que eso tiene algo que ver con la religión —dijo lentamente.

El señor Partridge declaró que él no había escrito las palabras del juramento; estaban establecidas por ley, y los niños las recitaban del mismo modo en todas las escuelas del Estado.

Mark quiso replicar, pero no encontró las palabras adecuadas, así que se quedó en silencio, moviendo la cabeza negativamente. María Jahorski habló a continuación:

—Dale —dijo resueltamente—, creo que, decididamente, tus padres están equivocados. Porque es lo que dice el señor Partridge, todo el mundo lo hace, se levanta durante el saludo y nadie ve nada malo en ello, así que, ¿por qué no ibas tú a hacer lo mismo?

—No porque todos, o casi todos, hagan algo, va a estar bien hecho —contestó Dale.

—¡Pero así es la ley del país! —insistió María.

—Mis padres me dicen que antes es la ley de Dios —dijo Dale quedamente.

—No sé —dijo Bill Beck—. ¿Se equivocan alguna vez las personas mayores?

—La Biblia dice que hemos de honrar a nuestros padres —dijo Dale—. ¿Los estaría honrando si no estuviera de acuerdo con ellos en lo que la Biblia me ordena hacer?

—Pero Dale —dijo el señor Partridge—, como te sugerí antes, ¿no podría tratarse simplemente de cómo hemos de interpretar la Biblia? Tus padres tienen derecho a su propia interpretación, claro, pero podrían estar equivocados, ¿no?

—Claro que podrían —dijo Dale—. Pero que estén en minoría no significa que *tengan* que estar equivocados. También podría estar equivocada la mayoría, con la misma facilidad.

El señor Partridge ensayó otro enfoque.

—Como probablemente sabes, Dale, hay personas seguras de que saben lo que quiere decir la Biblia, quizá tus padres están entre ellos, y esas personas creen que la Biblia prohíbe las transfusiones de sangre. Imagínate que estuvieras muy enfermo y fueras a morir a menos que te pudieran hacer una transfusión de sangre. ¿Aún así harían bien tus padres en oponerse?

Dale se retorció en su asiento, y luego quedó sentado con las rodillas a la altura de la barbilla.

—No sé, señor Partridge —admitió.

El señor Partridge vio que estaba haciendo progresos.

—Entonces, ¿les dirás a tus padres que vengán a hablar del asunto conmigo? —le apremió.

Dale sólo dijo:

—Les hablaré esta noche.

Pero Tony Melillo no estaba dispuesto a abandonar la cuestión todavía.

—Dale —dijo—, hace un momento dijiste que no honrarías a tus padres si no estuvieras de acuerdo con ellos. ¿Eso lo dice la Biblia o es una conclusión que sacaste por ti mismo?

—Creo que llegué a esa conclusión por mí mismo —contestó Dale.

—Y, según has admitido, podrías equivocarte, ¿no? —continuó Tony.

—Claro que podría —contestó Dale con aire perplejo— pero, ¿en qué?.

—Bueno, ¿no es posible —preguntó Tony— que no haya ninguna deshonra en no estar de acuerdo con alguien?

—No te entiendo —protestó Dale.

—Por ejemplo, el señor Bradley —dijo Tony—. A él, en realidad, le gusta que no estemos de acuerdo con él. Quiere que hagamos preguntas sobre lo que nos explica, y si llegamos a conclusiones distintas de la suya, no por eso deja de respetarnos.

—¡Es cierto!—dijo Randy Garlock—. ¿Os acordáis cuando nos dijo que en clase teníamos que competir en ideas del mismo modo que en el estadio competimos en deportes? Creo que, en cierto modo, el señor Bradley se siente honrado cuando no estamos de acuerdo con él.

—Creo que eso que decís es muy importante —dijo el señor Partridge—. Dale, yo no te aconsejaría nunca hacer nada que fuera contra tus convicciones religiosas. Ni tampoco te diría que no hicieras caso a tus padres. Pero, esta noche, cuando hables con ellos, ¿no podrías intentar hacerles ver que no les estarías deshonrando si llegaras a tus propias conclusiones?

Dale siguió sin decir nada. Pero ahora Mickey Minkowski estaba agitando el brazo furiosamente, y el señor Partridge le dio la palabra.

—Señor Partridge —empezó Mickey—, funciona en los dos sentidos.

—¿El qué funciona en los dos sentidos? —preguntó el director.

—O sea —dijo Mickey—, si los padres de Dale tienen que sentirse honrados con su desacuerdo, también usted debería sentirse honrado si estamos en desacuerdo con usted. Y, de hecho, aunque hagamos lo contrario de lo que hace todo el mundo, si creemos que lo que hacemos está bien, y si podemos decir por qué creemos que está bien, entonces no estamos siendo irrespetuosos al hacerlo.

—Pero supongamos que lo que haces es algo que hace daño a otras personas. ¿Entonces qué? —preguntó María.

—Yo no he dicho que tengamos que hacer daño a otras personas —protestó Mickey—. Pero si se trata de ponerse en pie durante ciertas ceremonias, y yo pensara de verdad que no estaba bien hacerlo, y si aún así todos se empeñaran en que lo hiciera y me obligaran, en ese caso me estarían haciendo mucho más daño ellos a mí que yo a ellos.

—Mickey —dijo el señor Partridge, meneando la cabeza—, hay cosas que la gente espera de ti, y en las escuelas no cumpliríamos con nuestro deber si no intentáramos hacerte ver lo que se espera de ti. Intentamos hacer de vosotros buenos ciudadanos porque la sociedad espera que seáis buenos ciudadanos al acabar la escuela. Ya sé que no es fácil de aceptar, igual que no es fácil tragarse un medicamento que sabe mal. Pero igual que os pondréis buenos si tomáis la medicina, así también seréis mejores personas si aceptáis lo que os he dicho.

Harry Stottlemeier no pudo resistir la tentación de hacer un comentario por su parte:

Mickey y Tony no le pedían a usted que hiciera lo mejor *para ellos*, señor Partridge. Le pedían que hiciera lo mejor para todos.

—¿Quieres decir libertad para hacer lo que te dé la gana? —preguntó el señor Partridge con gravedad.

—Lo que quiero decir —dijo Harry— es que los niños necesitan ser libres de pensar por sí mismos tanto como las personas mayores; quizás aún más.

—Bueno —dijo el señor Partridge—, por ejemplo, lo de Dale: yo podría haber intentado arreglarlo en privado, pero en cambio lo he traído ante vosotros para someterlo a un debate libre y abierto. ¿Es esto lo que tú quieres?

—Es un comienzo —dijo Harry.

Capítulo X

Había tanta algarabía que la señorita Halsey tuvo que dar cuatro golpes en la mesa hasta que la clase se serenó. Tony tenía la mano levantada.

—¿Qué hay, Tony?

—Señorita Halsey —dijo Tony, con aquella manera de hablar clara y distinta que tenía—, muchos de nosotros tenemos opiniones sobre lo de Dale. ¿Podríamos hacer un debate sobre esto en vez de una clase normal?

—Lo siento, Tony —replicó la señorita Halsey—, ya sé que muchos de vosotros estáis preocupados por eso, pero tenemos una lección de Lengua por acabar y me parece que debemos seguir con ella.

Entonces habló Harry Stottlemeier.

—Es que, en cierto modo, sería como una clase de Lengua, señorita Halsey. Mire, ¿por qué no hace usted de árbitro o algo así, y se dedica a criticar nuestro modo de expresarnos?

—Eres muy ingenioso, Harry —dijo la señorita Halsey—, pero ya me dedico a criticar vuestro modo de expresaros cuando corregimos los deberes.

—Bueno, pues entonces —dijo Harry, que aún no se daba por vencido—, ¿por qué no critica nuestra manera de razonar? Nosotros damos nuestras opiniones y usted nos dice si estamos pensando correctamente o no.

La señorita Halsey suspiró.

—¿Sólo por hoy?

Sólo por hoy —le aseguraron Tony y Harry a la vez.

Entonces, muy bien —dijo la señorita Halsey, cerrando su cuaderno—, ¿quién quiere hablar primero?

Sorprendentemente, Milly Warshaw fue la primera en intervenir.

Creo que Dale debería ponerse en pie durante el saludo, como todos

—¿Por qué? —preguntó la señorita Halsey.

—¿Cómo que por qué? —replicó Milly.

—Sí, por qué, Milly. No puedes limitarte a enunciar tu opinión, Tienes que dar una razón de ella. Cualquiera puede tener una opinión, pero me es imposible decir si razones bien o mal a menos que me digas por qué piensas como piensas.

Milly levantó la vista ansiosamente hacia la señorita Halsey y dijo:

—Es que no tengo ninguna razón. Sólo sé cómo lo siento.

—Bien, cuando hayas averiguado por qué lo sientes así, ya habla remos. ¿El siguiente?

—Yo le digo por qué —declaró Bill Beck—. El país entero está desmoralizado. Están sucediendo toda clase de desórdenes. Es como un barril de pólvora: una pequeña chispa y todo puede estallar. Por eso, no creo que podamos permitir que la gente vaya por ahí haciendo lo que le dé la gana.

La señorita Halsey no contestó inmediatamente. Obviamente, tenía que considerar detenidamente las observaciones de Bill. Al fin, dijo:

—Bill, al principio creí que tenías un argumento bastante bueno en favor de tu opinión. Pero cuanto más lo pienso, más me convengo de que no. Porque en realidad, Bill, tú no tratas de *convencernos*. Tú tratas de *asustarnos* para que estemos de acuerdo contigo. Primero dices que estás alarmado por la situación mundial, y luego dices que por *lo tanto* habría que obligar a Dale a ponerse de pie. Pero de lo uno no se sigue lo otro. No lo has probado. No has

demostrado que lodo estallará si Dale no se pone en pie durante el saludo.

La clase no se había desanimado por las críticas de la señorita Halsey a los dos primeros alumnos que habían hablado. Ya estaban acostumbrados a su severidad con ellos cuando se trataba de la Gramática. La siguiente en hablar fue Jill Portos.

—Creo que Dale debe ser fiel a sus creencias porque... porque eso dice mi hermano, y él sabrá.

—¿Qué quieres decir con «él sabrá», Jill? ¿Es tu hermano abogado o juez o una autoridad de algún tipo? —preguntó la señorita Halsey.

—No, pero es muy listo —replicó Jill.

—Bien, lo siento pero no sirve. Sólo deberías utilizar la opinión de otra persona en favor de tu propio modo de ver si esa otra persona es una autoridad reconocida sobre el tema en cuestión.

A Jill no le gustó el juicio de la señorita Halsey, pero no dijo nada.

Suki Tong dijo que pensaba que habría que obligar a Dale a ponerse en pie porque «las reglas son las reglas».

De nuevo, la señorita Halsey tuvo que pararse a reflexionar antes de contestar. Al fin, dijo:

—Suki, voy a aceptarlo, aunque técnicamente está mal. Quiero decir que una afirmación como «las reglas son las reglas» por lo general no significa gran cosa. Es como decir «el papel es el papel», o «las piedras son las piedras». Pero, a veces, llegan a ser expresiones corrientes o frases hechas con un sentido concreto que todos entienden, como «el negocio es el negocio». En este caso, supongo que quieres decir que si tenemos reglas, tenemos que respetarlas. De modo que vale.

Ahora Mickey tenía la mano levantada.

—No —insistió—, las reglas se hacen para romperlas. ¿No conoce el dicho «la excepción confirma la regla»? Bueno, ¡pues el caso de Dale es la excepción! Por eso creo que Dale no tiene que ponerse en pie si no lo desea.

La señorita Halsey pareció un poco contrariada, pero dijo:

—De acuerdo, Mickey, creo que si he dejado que Suki diese como razón una frase hecha, tendré que dejarte a ti hacer lo mismo. Pero aún así creo que en lugar de darme una razón me has dado una excusa bastante pobre.

Mickey puso tal expresión de ofendido que Laura se echó a reír y se tapó la boca con la mano.

Pero Tony quería dar su opinión.

—Señorita Halsey, puede que Mickey no lo haya dicho tan bien, pero no creo que lo que ha dicho esté tan mal como usted afirma.

—¿Cómo quieres decir, Tony? —preguntó la señorita Halsey.

—Bueno, muchas veces decimos que esto o lo otro siempre es verdad y sabemos que, en realidad, no es así. O sea, sabemos que hay excepciones, pero aun así hablamos como si no las hubiera. Por ejemplo, dices «la marea flota». Y, sin embargo, sabes que el ébano no flota.

—¿Qué es el ébano? —susurró Jane Starr.

—Una revista —contestó en voz alta Luther Warfield.

—¡Es una madera! —replicó Tony.

La señorita Halsey intervino en seguida.

—Nos estamos apartando del tema. ¿Quién quiere hablar ahora?

Sandy Mendoza raramente intervenía en clase, pero parece ser que esta vez sentía la

necesidad de expresar una idea.

—Creo que estamos olvidando una cosa —dijo con su característica lentitud—. Nosotros no elegimos ir a la escuela. Nos hacen ir a la escuela. Y no elegimos la religión que tenemos: nos la imponen al nacer.

—Si vamos a eso —interrumpió Bill Beck—, tampoco elegimos a nuestros padres.

—Y si vamos a eso —añadió Jane Starr—, ¡ni siquiera elegimos nacer!

La señorita Halsey dio un golpe con su lápiz en la mesa.

—Por favor. Dejad que Sandy acabe lo que iba a decir.

—No tiene importancia, señorita Halsey. Sólo intentaban ayudarme. Lo que quiero decir es que a veces no nos importa que nos digan lo que tenemos que hacer, mientras que otras veces sí, ¿comprende lo que quiero decir? Por ejemplo, supongamos que dentro de dos años me hiciera de los *Halcones Azules*; allí haces lo que te dicen. Te dicen que saltes del tejado de un edificio a otro, y saltas. Te dicen que te metas con uno de los *Ratas del Muelle*, y te metes con él. Pero es que yo sería de los *Halcones Azules* por mi propia voluntad. A mí no me gusta especialmente hacer esas cosas, pero si eliges apuntarte, las haces.

—Eso es muy interesante, Sandy, pero ¿qué quieres demostrar con eso? —preguntó la señorita Halsey.

Sandy se encogió de hombros.

—No sé. Bueno, sí lo sé, pero no lo puedo decir mejor de cómo lo he dicho.

Entonces habló Tony.

—Creo que puedo decirle lo que quiere decir. Quiere decir que si perteneces a un grupo, como una banda, entonces tienes que hacer todo lo que te digan. Pero si eres miembro de un grupo al que no has elegido pertenecer, entonces no deberían hacerte hacer cosas contra tu voluntad.

—Pero concreta un poco —dijo la señorita Halsey—. ¿Qué relación tiene con Dale?

—Quiere decir que, como Dale no escogió pertenecer a su religión, no tiene por qué hacer lo que ella le ordena si piensa que no está bien hacerlo.

—Sí —dijo Mark—, pero también quiere decir que, como no va a la escuela por propia voluntad, no tiene por qué hacer lo que le mandan en la escuela, si de veras piensa que no está bien.

Jane Starr miró interrogativamente a los tres chicos.

—¿Y eso también se aplica a las familias? Después de todo, como dijo Bill hace un momento, no elegimos a nuestros padres.

—Creo —dijo Fran— que viene a ser una cuestión de confianza. Estoy de acuerdo con lo que han dicho, en gran parte. Pero confío en mi familia. Tú no los elegiste, pero ellos te eligieron a ti, y sabes que te quieren. Con los extraños es otra cosa.

—Muchas veces, cuando estoy con extraños, confío en ellos —observó Jane—. Pero a veces las familias pueden ser horribles.

—Naturalmente —replicó Fran—, pero entonces son como los *Halcones Azules* de Sandy: haces lo que quieren porque quieres seguir formando parte de la familia.

La señorita Halsey reflexionó sobre lo que se había dicho, y comentó:

—Nunca lo había pensado de esa manera. Muchas gracias a todos.

Capítulo XI

Aún no había sonado el timbre, de modo que la señorita Halsey les dijo que ordenaran el contenido de los pupitres en los pocos minutos que quedaban. Mientras lo hacían, tenían los siguientes pensamientos:

Milly Warshaw: «¡Hay que ver! ¡La señorita Halsey dice que *ella* ha aprendido algo de *nosotros*! Nunca había oído a una persona mayor decir eso. Cada vez que pregunto algo a mis padres, ellos tienen la respuesta lista antes incluso de que yo acabe de hacer la pregunta. Es curioso..., cuando la señorita Halsey dijo aquello, me sentí como más persona. ¡Tuve la impresión de que sabía un poco mejor quién era! ¿Por qué será?»

Timmy Samuels: «Menos mal que Dale faltó hoy. Se habría sentido violento si hubiera oído cómo todos hablaban de él de aquella manera. ¿Cómo me hubiera sentido yo si estuviera en clase y todos hablaran de mí?»

Tony Melillo: «En Aritmética ¡todo es tan exacto, tan perfecto...! No hay contradicciones y, por tanto, tampoco hay discusiones. Pero en el mundo real siempre hay alguien que dice lo contrario que otra persona. Y en cuanto a los hechos... ¡No conozco un solo hecho que sea absolutamente verdadero! ¡Ojalá todo fuera tan sencillo, claro y verdadero como la Aritmética!»

Bill Beck: «No doy crédito a mis oídos cuando oigo a esos chicos hablar de sus “derechos”. Como decía papá, en realidad no tienen derechos, lo que tienen son deberes. Y ¿qué tiene de malo? ¡A mí no me importa tener que ponerme en pie para saludar la bandera! Amo

a la bandera. Y se me pone la carne de gallina cada vez que oigo cantar el himno nacional al comienzo de un partido. La gente *debe* amar a su patria, del mismo modo que debe amar su hogar y a sus padres. De hecho, ya lo dice la palabra: la “patria”, para nosotros, es como otro padre. Yo no haría nada que demostrara falta de respeto hacia mi padre, y no veo por qué nadie querría mostrar falta de respeto hacia su patria negándose a ponerse en pie durante el saludo a la bandera.»

Suki Tong: «¡Anne Torgerson es una chica muy simpática! Me ha enseñado la acuarela que ha hecho del jarrón de flores de la ventana, y yo le he enseñado el poema que escribí sobre la nieve en los alféizares de las ventanas. Después de leerlo ella, lo he leído para mí una y otra vez. En cierto modo, cuando un amigo tuyo lee tu poema y dice que le gusta, el poema parece nuevo, como si lo acabaras de escribir. ¿Por qué será?»

Randy Garlock: «¿Cómo debe de sentirse uno cuando está muerto? Pero es una pregunta ridícula. Si estás muerto, no puedes sentir nada. Pero no puedo concebir que nadie que yo conozca esté muerto, como el padre de Bill, por mucho que aquel telegrama del gobierno lo dijera. Seguro que no está muerto, porque no puedo imaginar cómo puede estarlo.»

Luther Warfield: «Dale me dijo una vez: “Eh, Luther, ¿qué se siente siendo negro?”, y yo le dije: “¿Qué se siente siendo blanco?” Él se echó a reír y dijo: “Creo que da lo mismo de un modo u otro, ¿no te parece?” Pero no da lo mismo. Si yo fuera bajito y gordo, sería otra persona. No puedo ni siquiera imaginarme bajito y gordo. Supongo que soy negro del mismo modo que soy alto y flaco. O quizá soy negro del mismo modo que soy americano.»

Mickey Minkowski: «¿A mí qué me importa si Laura habla con Tony? ¡Me importa un pimiento!»

Anne Torgerson: «Al principio Suki me desconcertaba. Su cara no me decía nada. Luego pensé que, a lo mejor, tenía un secreto. Ahora ya sé de qué se trata. Siente las cosas como yo.

Cuando hace un momento leí su poema fue como si me hubiera tendido la mano.»

Jane Star: «No me gusta quedarme donde no me quieren. Si fuera a casarme, podría irme de casa, pero soy demasiado joven para casarme. Y también para ir a la universidad. Pero me gusta la escuela, sobre todo la biología. ¿No es curioso? ¡A lo mejor seré médica!»

Mark Jahorski: «Este señor Spence es un gran tipo. Me gusta la manera como nos habla. Tiene agallas. No tiene miedo de nada. Así es como me gustaría ser: siempre capaz de pensar por mí mismo y de cuidar de mí mismo. A Dale lo han acobardado con toda esa charla sobre la religión y cuál es su deber. ¡Nunca conseguirán que yo me crea esos cuentos de hadas!»

María Jahorski: «¡Este Mark es todo un personaje! En casa no dice esta boca es mía, pero aquí en la escuela es terrible. O por lo menos quiere que todos crean que lo es. ¿Por qué se comportará de ese modo? ¿Serán así los otros hermanos?»

Fran Wood: «Al señor Spence le tengo confianza, y creo que también a la señorita Halsey. Pero ¿puedo confiar en el señor Partridge? No estoy segura. Me parece que esto demuestra que la con fianza no es suficiente. Tienes que ser capaz de explicar por qué piensas de determinada manera, como dijo la señorita Halsey. Pero a la hora de la verdad, todo lo que dijo el señor Partridge fue: “Es así porque así lo dice la Junta de Educación”. Y si preguntáramos a los padres de Dale, estoy segura de que dirían “es así porque así lo dice Dios”. ¿Pero no hay razones para todo lo que nos mandan hacer? Y cuando nos dicen que hagamos algo sin darnos ninguna razón, ¿qué razón tenemos *nosotros* para hacerlo? Estoy hecha un lío.»

Sandy Mendoza: «No creo que deba mencionar el miedo que me da hacerme de los Halcones Azules. No dejo de pensar lo orgulloso que debo estar de que algún día pueda ser de ellos. Después de todo, son los mejores. Por lo menos, es lo que dicen ellos. Y ¿qué derecho tengo yo a dudar de su palabra? Aun así, tengo miedo.»

Jill Portos: «Mark Jahorski me saca de quicio. Nunca le gusta nada. Todo lo mira con desdén. Si le digo cuánto me gusta la clase de ciencias del señor Bradley, se ríe. Si le digo cuánto me gusta la escuela dominical, se ríe. ¿Por qué no puede apreciar lo bonito que es todo? Estoy segura de que todos hacen lo que pueden, y de que las cosas van, poco más o menos, de la mejor manera posible. ¡Excepto Mark, por supuesto!»

Laura O'Mara: «Es curioso lo que me pasa. Papá y mamá siempre están diciendo “Laura, cepíllate los dientes” y “Laura, lávate la cara” y “Laura péinate”, y me revienta hacerlo y me revienta que me digan que lo haga. Pero por la noche, cuando cojo las muñecas, les lavo la cara y las peino, porque no me gustaría que nadie pensara que están mal cuidadas.»

Lisa Terry: «Cuando esos chicos de séptimo dijeron que yo parecía un perrito pequinés, corrí a los lavabos y me miré al espejo. Nariz chata, frente ancha y ojos muy separados. ¡No van descaminados! Y además dientes torcidos, aunque éstos me los puedo arreglar. Es extraño, nunca antes me había parado a pensar si alguna vez me considerarían físicamente agraciada. Pero el otro día la abuela me dijo “no juzgues nunca un libro por su cubierta”, y se me ocurrió que los libros y las personas se parecen en una cosa: los dos están llenos de ideas. No sé si no será una tontería. De todos modos, de lo que estoy cierta es de que los espejos mienten. No te muestran tal como eres realmente.»

Harry Stottlemeier: «Gracias a la señorita Halsey me he dado cuenta de una cosa. Cuando mis compañeros no razonaban bien, ella, en seguida, daba en el quid de la cuestión. No pretende poseer la verdad, y aun así no vacila un momento cuando se trata de decirle a alguien que está razonando a tontas y a locas. De modo que yo estaba equivocado al pensar

que podría encontrar alguna idea para resolver el problema de Dale y contentar a todos. Lo único que puedo hacer es tratar de descubrir la diferencia entre razonar bien y razonar mal, igual que un árbitro que se halla detrás de la casa-base, aunque él mismo no pueda batear, conoce la diferencia entre una bola y un golpe.»

Aquella noche Suki dijo a su padre:

—Papá, hoy hemos tenido una larga discusión en la escuela sobre si había que ponerse en pie durante el saludo a la bandera. Y yo dije que todos debían ponerse en pie, porque las reglas son las reglas.

—Mmm —dijo el señor Tong . Siento no coincidir contigo.

—¿Ah, no?—el rostro de Suki mostraba sorpresa—. ¿Por qué no?

—Bueno, los tribunales tienen dictaminado que los niños que no quieren saludar a la bandera por motivos de conciencia han de ser eximidos de ello. Es un derecho constitucional que tienen.

—Pero, papá, la cuestión es: ¿tiene todo el mundo que estar en pie durante el saludo.

—Quizá tampoco tienen que estar en pie, pero no lo sé.

—¡Uf!—suspiró Suki—, ¡Ojalá se arregle todo!

—¿Por qué lo dices?

—Es que esta tarde he oído el rumor de que Dale va a cambiarse de escuela.

Capítulo XII

Hacia una semana que Dale había dejado la escuela. Por lo que respecta a los miembros de la clase, el caso estaba cerrado. Rara vez hablaban de ello.

Lisa se lo hizo notar a Harry.

—Ya nadie habla de Dale. ¡Ni que hubiera hecho algo malo!

—¿Y qué vamos a decir? —replicó Harry.

—La cuestión no es lo que vamos a decir —insistió Lisa—. Lo que pregunto es por qué nadie quiere hablar del asunto.

—¿Y qué respondes?

—Creo... —Lisa vaciló— creo que estamos todos avergonzados. Eso es lo que creo.

—¿Porque no hicimos nada para ayudarlo?

—Sí, supongo... Aunque sinceramente, Harry, no sé qué podíamos haber hecho. No, creo que estamos avergonzados de nuestra manera de pensar sobre las cosas, porque si la gente se hubiera dado cuenta de los pésimos resultados que tiene pensar como lo hace, puede que no estuviera tan dispuesta a hacer barbaridades.

—Tienes razón —dijo Harry—. Lo admito. Estoy avergonzado. Pero no se trataba de un pequeño problema que uno no puede resolver porque lo ha planteado mal. Era demasiado complicado para que yo pudiera pensarlo con claridad.

Lisa movió la cabeza negativamente.

—Tú sigues insistiendo en hacernos pensar sobre la manera correcta de pensar, y eso es muy importante, Harry, y por eso tú en realidad no habrías de sentirte tan culpable como los demás, porque, a tu manera, estás haciendo algo frente a este tipo de cosas.

A Harry le gustó mucho la alabanza de Lisa. Pero no tenía ganas de hablar de sus sentimientos. Así que se limitó a decir:

—El problema, Lisa, es que hace semanas que no hemos conseguido nada —sacó su cuaderno de hojas cambiables y volvió a la página en que, muchas semanas antes, había anotado las cuatro oraciones modelo que el señor Spence escribió en la pizarra:

«Todas las asignaturas son interesantes»

«Ninguna asignatura es interesante»

«Algunas asignaturas son interesantes»

«Algunas asignaturas no son interesantes»

Harry miró malhumoradamente la página.

—¿A dónde nos lleva esto?

—Bueno —dijo Lisa—, ¿y aquellas oraciones invertidas que se te ocurrieron? ¿Por qué no las apuntas al lado, en otra columna?

—Sólo una salió bien —objetó Harry.

Lisa examinó las cuatro oraciones.

—Sí, ya me acuerdo, la segunda se podía invertir. Pero, ¿por qué no la tercera? Si algunas asignaturas son interesantes, entonces algunas de las cosas interesantes han de ser asignaturas.

—¡Hummm! —dijo Harry—. ¡Puede ser! —y escribió dos columnas en su cuaderno, de esta manera:

Oración original (que suponemos verdadera):	Oración invertida:
«Todas las asignaturas son interesantes»	
«Ninguna asignatura es interesante»	«Ninguna cosa interesante es una asignatura»
«Algunas asignaturas son interesantes»	«Algunas cosas interesantes son asignaturas»
«Algunas asignaturas no son interesantes»	

—¿Cómo es que pones una línea de puntos ahí, al final? —preguntó Lisa.

—Lo he deducido mentalmente. Fíjate, te pondré un ejemplo distinto. ¿No es verdadera la oración «algunos animales no son leones»?

—Sí —dijo Lisa.

—Bueno —prosiguió Harry—, si la inviertes, ¿qué te queda?

—¡Ah, ya veo! La inviertes y queda «algunos leones no son animales». Pero ya sabemos que no es verdad, y ¿no te acuerdas de que descubrimos que sólo las oraciones verdaderas se deducen de oraciones verdaderas?

—Fíjate —dijo Harry—, hay algo más: cuando dices que una oración no es verdadera, lo que quieres decir es que es *falsa*, ¿no?

—Los dos tenemos razón. Cuando yo digo que una oración no es verdadera, lo que quiero decir es ligeramente distinto. ¿No ves? Cuando alguien dice que algo es verdadero y yo le digo que es falso, se trata de una *contradicción*.

—De acuerdo —dijo Harry—, lo contrario de «algunas cosas interesantes son asignaturas» es «algunas cosas interesantes no son asignaturas» —Harry reflexionó sobre lo que acababa de decir, y añadió—: Esto no puede estar bien.

—¿Por qué no?

—Como dice Mickey —sonrió Harry—, te pondré un ejemplo.

—No me hables de Mickey —interrumpió Lisa—. El otro día me dijo que se crió y nació en Brooklyn. Estoy segura de que no sabe lo que viene antes, si el criarse o el nacer.

—Es lo de menos —dijo Harry—. Volvamos a mi ejemplo. Supongamos que yo dijera que todas las maderas flotan. Pues bien, si quisieras contradecirme, no tendrías más que nombrar una variedad de madera que no flote. ¿Vale?

—El ébano —respondió Lisa.

—De acuerdo, el ébano no flota. Eso es un hecho. Pero la oración que contradice a «todas las maderas flotan» es «algunas maderas no flotan». Porque si hay una sola variedad de madera que no flote, entonces la oración «algunas maderas no flotan» es verdadera, y la oración «todas las maderas flotan» es falsa.

—Si eso es verdad —dijo Lisa en seguida—, tenemos oraciones que contradicen a todas nuestras oraciones originales. La contradicción de «todas las asignaturas son interesantes» sería «algunas asignaturas no son interesantes». Y la contradictoria de «ninguna asignatura es interesante» sería...

Harry completó la idea.

—«Ningún» es como «todos»: también es contradicho por «algunos». Así que tendrías que decir «algunas asignaturas son interesantes».

—¡Qué divertido!— exclamó Lisa—. Hagamos otra columna y escribíó en su cuaderno:

Oración original	Oración contradictoria:
«Todas las asignaturas son interesantes»	«Algunas asignaturas no son interesantes»
«Ninguna asignatura es interesante»	«Algunas asignaturas son interesantes»
«Algunas asignaturas son interesantes»	«Ninguna asignatura es interesante»
«Algunas asignaturas no son interesantes»	«Todas las asignaturas son interesantes»

—¡Eh!— dijo Harry cuando ella hubo terminado—. Las contradictorias son exactamente al revés de las originales. ¿Ves? ¡Si lees la columna de oraciones contradictorias de abajo arriba, te da la columna de oraciones originales de arriba abajo!

—¡Fantástico!— exclamó Lisa—. Harry, tengo una idea. ¿Por qué no le damos un título a cada tipo de oración? No, tengo una idea mejor. Démosles una letra. Podemos usar las vocales del alfabeto. Podemos llamar a «todas las cosas son así y asá» oración de tipo A, y a «ninguna cosa es así y asá», oración de tipo E. «Algunas cosas son así y asá» será I, y «algunas cosas no son así y asá», O.

—En serio que es una buena idea, Lisa— admitió Harry—. Porque ahora no tenemos que decir la oración entera para hablar de ella. Podemos decir que A y O se contradicen entre sí, y que E e I se contradicen entre sí. Y ya no hay que decir más, en vez de escribir las dos columnas enteras cada vez.

Entonces, sin razón aparente, Lisa pensó en Dale, cuando dijo que no volvería más. Nadie le dijo nada porque nadie sabía qué decir. Harry hurgó en el bolsillo y sacó un centavo dentro de una herradura de la buena suerte que su padre le había dado hacía dos años. Harry lo puso sobre el pupitre de Dale. Dale estaba al borde del llanto, y Harry pensó que iba a precipitarse fuera del aula. Pero se las arregló para permanecer allí sentado, mientras Lisa le daba el dije preferido de su pulsera, y Fran su pasador de madera de teca, y, uno por uno, todos le dieron algo. Dale ya se había recobrado de su azoramiento y empezó a embutirse las cosas en los bolsillos de la camisa y de los pantalones. Sólo cuando el último le hubo dado un recuerdo (era Mille Warshaw, que al principio había pensado darle un jerbo, pero luego se decidió por el anillo que había canjeado por envolturas de chicle), sólo entonces se dirigió en silencio hacia la puerta, se volvió un momento para saludar con la mano y desapareció.

Por una u otra razón, cada uno de los que quedaron en clase le pareció a Lisa más valioso que antes. Habían compartido una experiencia. No había sido una experiencia agradable, y sin embargo la había hecho apreciar a sus compañeros de clase más que nunca.

—¿Por qué será?— pensaba Lisa—, ¿Por qué será?

—Martin, ¿eres tú? —gritó desde la cocina la señora Warfield.

—Sí, mamá —contestó Marty Warfield—, ¿has visto a Luther?

—No, no le he visto desde que se fue a la escuela esta mañana. Ya debería estar de vuelta.

En aquel preciso instante llegó Luther. Estaba hecho un desastre. Llevaba la camisa desgarrada a la altura del hombro, que tenía un arañazo y estaba sangrando, y todas las ropas llenas de barro.

—¡Oye! —dijo Marty—. ¿Qué te ha pasado? ¿Te has metido en una pelea o algo así?

Luther jadeaba como si hubiera estado corriendo.

—No, no ha sido eso. Me atropelló un coche.

—Ven aquí que te vea ese hombro —dijo su madre.

—Bah, no es nada, mamá, sólo un rasguño. Pero mi bicicleta... —se le quebró la voz y no pudo continuar.

—¿Cómo ha sido? —preguntó Marty.

—Pues... —dijo Luther, mientras su madre le ayudaba a quitarse la camisa—, yo volvía a casa por Main Road y, al llegar a Highland Street, vi un coche que venía a bastante velocidad por Highland, pero me figuré que iba a parar, porque esa calle tiene un *stop* y nunca tengo que preocuparme. Los coches que vienen por Highland *siempre se* paran en el cruce con Main Road. Así que seguí pedaleando. Y en cuanto me quise dar cuenta, el tipo se metió en el cruce, y me cogió la rueda de delante con el parachoques trasero y casi me la arrancó. A mí me arrojó en mitad de la calle y casi me doy con una toma de agua para bomberos.

—Luther —dijo su madre—, ya te he dicho que tengas cuidado...

—¡Si tenía cuidado, mamá...! —dijo Luther—, pero ¿cómo iba yo a saber que ese chalado iba a saltarse la señal de *stop*?

—Oye —dijo Marty—, acabas de decir que *todos* los coches que bajan por Highland se paran en el cruce con Main Road. Pero éste no se paró. De modo que lo que dijiste al principio estaba equivocado, ¿no? Nunca sabes con seguridad lo que va a hacer el otro tipo.

De pronto Luther recordó la discusión que habían tenido aquel mismo día. ¿Cómo fue? Uno dijo que todas las maderas flotan, y luego Lisa señaló que el ébano no flota, y eso quería decir que la oración «todas las maderas flotan» en realidad era falsa. Porque si quieres decir «todos», pero resulta que hay una sola excepción, entonces estás equivocado.

Y ahora lo mismo le estaba ocurriendo a él. Pensaba que todos los coches se paraban en el cruce. Pero aquel no se paró. Así que no *todos* se paran cuando han de hacerlo. «Si lo hubiera sabido —pensó Luther— quizá habría tenido yo algo más de cuidado. Habría reducido velocidad un poco al ver lo rápido que iba él».

—Hay que tener ojo con los conductores locos —le advirtió gentilmente Marty—. Con uno basta.

«Es verdad —se dijo Luther—. Con uno basta.»

* * *

Harry se pasó la tarde trabajando con Mark en su cabaña. Cuando se puso a llover, Mark sacó dos paraguas y los dos se sentaron un rato a disfrutar de su cabaña, guarecidos por los paraguas del fuerte aguacero. Pero como empezó a hacerse oscuro, y al parecer la lluvia no amainaba, Mark prestó un paraguas a Harry, y Harry se fue para casa.

En el camino vio a Bill Beck. Estaba parado en un portal, resguardándose de la lluvia. Frunció el ceño cuando Harry se acercó, pero Harry se dio cuenta de que Bill estaba más triste que enfadado. Harry se le unió en el portal y cerró su paraguas. Harry no gastó palabras de más.

—¿Por qué me tiraste aquella piedra el otro día?

Bill no contestó. Se limitó a encogerse de hombros y siguió mirando la lluvia. Era más alto y fuerte que Harry, pero Harry sabía que en aquel momento Bill no tenía mucho interés en pelear.

Se quedaron allí sin decir nada. Harry no se decidía a marchar, aunque no sabía por qué. Al fin la lluvia empezó a hacerse más fina y clara, hasta que al poco rato sólo caían unas gotas.

—¿Vas para casa? —preguntó Harry.

—No hay ninguna razón para ir —dijo Bill.

Harry se quedó pensando y luego dijo:

—Iba a preguntar a mis padres si puedo traer a algunos chicos para quedarse mañana por la noche. Si me dan permiso, ¿querrías venir?

Bill miró a Harry a los ojos, y aunque no supo decir nada, dijo que sí con la cabeza.

Capítulo XIII

Harry estaba seguro de que su madre le diría que no. Después de todo, la última vez que le dejaron traer a algunos amigos para pasar la noche, la cosa resultó bastante mal. Todo empezó cuando los padres de Harry recibieron una llamada de la abuela, y dijeron que tenían que salir y que estarían fuera alrededor de una hora. Hasta aquel momento, los niños no habían estado precisamente divirtiéndose. Randy había estado examinando las figuras de monstruos de Harry y cuando Frankenstein, inesperadamente, se hizo pedazos, Harry sospechó que Randy le había hecho algo a propósito. Entretanto, Timmy se había retirado a un rincón de la habitación con el aparato de televisión, y Mark tenía puesto el tocadiscos muy alto, en el otro rincón, donde escuchaba algunos de los viejos discos de los Beatles de la colección de Harry. Al cabo de un rato, Harry y Randy empezaron a lanzarse almohadas, medio en broma medio en serio. Con tres camas plegables alrededor de la de Harry, no quedaba sitio en el suelo, de modo que tenían que perseguirse por encima de las camas. Randy había dejado sus gafas encima de una cómoda, pero tropezó y cayó de lleno encima de la cómoda, haciendo pedazos las gafas. Esto le fastidió mucho (se estaba imaginando lo que diría su padre a la mañana siguiente), de modo que hizo caer su almohada sobre la cabeza de Harry con todas sus fuerzas, pero la almohada se rasgó, y lo mismo la de Harry poco después. La habitación se llenó de plumas arremolinándose y levantándose de nuevo hasta el techo mientras los niños cogían más almohadas y continuaban la batalla. Con todas las plumas y todo el alboroto, Timmy apenas podía ver ni oír el programa, pero seguía mirando como si nada. Entonces Mark, que andaba descalzo, se cortó el pie con un trozo de cristal y fue saltando a la pata coja por toda la casa y dejando caer gotas de sangre de un rojo brillante sobre la alfombra marrón de los Stottlemeier. Fue entonces cuando volvieron los Stottlemeier. El señor Stottlemeier se limitó a decir: «¡Lo único que falta es que vomite el gato!» La señora Stottlemeier vendó el pie a Mark y al fin consiguió que los niños se acostaran. Finalmente, cuando todo parecía tranquilo, el gato vomitó sobre la alfombra del cuarto de estar.

Por eso, Harry esperaba decididamente que la respuesta fuera un rotundo no. Pero, en cambio, su madre, en un tono más bien apacible, preguntó a quién pensaba invitar. Harry ya había decidido que sería aconsejable un cambio de invitados, así que dijo:

— Tony, Bill, Mickey y Luther.

Para asombro suyo, su madre dijo que estaba de acuerdo.

Fue una noche tranquila, que transcurrió en buena conversación. Hablaron de las motos que les gustaría tener, las películas que habían visto y las que les gustaría ver; hablaron de maestros, de padres, de una cosa que Jane Starr murmuró a Mickey, y de una cosa que Sandy había enseñado secretamente a Luther; intercambiaron exageraciones acerca de lo bien que nadaban y Mickey llegó a afirmar que sabía conducir un coche, y se pasaron un buen rato — quizá media hora — debatiendo de dónde venían los niños.

— Bueno, no irás a pensar que vienen de la nada, ¿no? — preguntó Tony —. De nada no sale nada. Eso está claro.

— Un momento — objetó Mickey —. Ya que eres tan listo, dime de dónde salió el mundo.

— Fue creado por Dios — dijo Luther —. En la Biblia dice que en el principio hizo Dios los cielos y la tierra.

— El señor Bradley dice que la Tierra y los demás planetas fueron, en otro tiempo, parte del Sol — replicó Mickey.

—Pero eso es la Tierra —respondió Harry—, no el universo. De lo que estamos hablando es de cómo empezó el universo.

—¿Cómo sabemos que empezó?—preguntó Tony—. ¿Cómo sabemos que no estuvo siempre ahí.

—¿Cómo va una cosa a estar siempre ahí? Todo tiene que tener un comienzo —insistió Luther.

—El universo no tiene por qué tener fin —dijo Tony—, así que, ¿por qué no se podría decir que el universo no tuvo comienzo?

Luther movió la cabeza negativamente.

—No sé. Puedo imaginarme que la Tierra comience, y que el Sol comience, y que nuestra galaxia comience, pero no me puedo imaginar que el universo *no* comience.

—Y yo no puedo imaginarme que comience —se apresuró a responder Tony—. Así que supongo que de las dos maneras es inimaginable. Pero no pruebas absolutamente nada cuando dices que es algo que no puedes imaginar.

Luther comentó:

—Cuando dije antes que todo tiene un comienzo, quise decir que todo tiene una *causa*. Todo sucede porque otra cosa hace que suceda. La tetera silba a causa del vapor que contiene, y el vapor está ahí a causa de que el fuego calienta el agua, y hay fuego porque alguien encendió el gas, y así sucesivamente.

Más tarde, cuando estaban todos acostados y la oscuridad en la habitación era casi completa, Tony volvió a sacar el tema.

—Luther, dijiste que todo tenía una causa. Pero aunque todas las *partes* del universo tengan una causa, eso todavía no prueba que el universo mismo tenga una causa.

—No te entiendo —dijo Luther.

—Fíjate —Tony trató de explicarse—, imagínate que tuvieras una máquina muy grande y complicada, pero que estuviera compuesta de partes pequeñas.

—¿Y qué? —dijo Luther.

—¿No ves?—respondió Tony—. Las partes de una máquina pueden ser todas pequeñas, pero no por ello la máquina ha de ser necesariamente pequeña. Así que lo que es verdad de la parte no tiene por qué ser verdad del todo. Y así podría ser que las partes del mundo fueran todas causadas, pero no por ello el mundo mismo tendría que ser causado.

—De modo que volvemos a donde estábamos antes —interrumpió Harry—: estabas diciendo que el mundo puede no haber tenido comienzo.

—¡Qué tontería! —dijo Bill.

Tony se incorporó.

—Fíjate —dijo—, hay dos posibilidades, ¿no? O el mundo tuvo un comienzo o no lo tuvo. ¿Vale?

—Vale —dijo Luther—. Pero hay otra cuestión de si el mundo fue creado por Dios o no.

—El mundo tuvo que ser creado por Dios —dijo Bill—. Es la única posibilidad.

Tony no oyó el comentario de Bill, porque se había levantado a encender la luz. Mickey ya se había dormido, pero la luz le despertó y se puso la almohada encima de la cabeza. Tony encontró un papel y dijo:

—Os voy a enseñar una cosa, chavales. Mi primo, que es profesor de Matemáticas en un instituto, me lo enseñó un día. Si tenemos dos conjuntos, cada uno con dos posibilidades, en total resultan cuatro posibilidades. Por ejemplo, un helado. Hay dos posibilidades: o tienes un

helado o no lo tienes. Y ahora un pastel. Lo mismo: o lo tienes o no lo tienes. De modo que te da cuatro posibilidades: primera, helado y pastel; segunda, pastel sin helado; tercera, helado sin pastel, y cuarta, ni helado ni pastel.

—¡Qué chulo!—dijo Luther—. Yo también lo hago: salchichas y judías; salchichas sin judías; judías sin salchichas, y ni judías ni salchichas.

Desde debajo de la almohada salió la voz ahogada de Mickey.

—Chicas y chicos; chicas sin chicos; chicos sin chicas, y ni chicos ni chicas. ¿Y ahora por qué no apagáis la luz de una vez y dormimos un poco?

—Cállate, Mickey —dijeron todos, pero nadie dijo nada más por el momento.

—¡Ah, Tony!—exclamó Harry—. ¡Ya veo adónde querías ir a parar! hablábamos de si el mundo comenzó y si había Dios, y sacaste lo de las cuatro posibilidades. Pero, ¿cómo se aplicaría eso a lo que estamos hablando?

—Bueno —replicó Tony—, pues muy fácil:

Primera: El mundo tuvo un comienzo y fue creado por Dios.

Segunda: El mundo tuvo un comienzo, pero no fue creado por Dios.

Tercera: El mundo no tuvo un comienzo y fue creado por Dios.

Cuarta: El mundo no tuvo un comienzo y no fue creado por Dios.

—La tercera no es posible —dijo Bill Beck—. Se contradice a sí misma. Sólo son posibles la primera, la segunda y la cuarta.

—Bueno —dijo Tony—. Pero ten presente que yo no hablaba de lo que es verdad, yo sólo hablaba de lo que es posible. Puedes creer que el mundo acabará, pero es *posible* que no acabe. Y puedes creer que tuvo un comienzo, si así lo prefieres, pero es *posible* que no lo tuviera.

Harry volvió a apagar la luz y antes de echarse en la cama dijo, mitad para sí y mitad para los demás:

—No tienes por qué estar siempre buscando respuestas. Quiero decir, puedes pensar sobre una cosa sin que tengas que averiguar cuál es la respuesta correcta. Hay muchas maneras distintas de mirar a las cosas y de pensar en ellas. Pero supongo que tienes que descubrirlas por ti mismo. Te enseñan que sólo hay una manera de pensar, y luego descubres que hay otras muchas maneras que pueden ser igual de buenas. Me gustaría descubrir todas las maneras de pensar posibles.

—A mí me interesa —replicó Tony— descubrir la manera correcto de pensar.

Harry hubiera querido decir: «Y a mí también», pero ya estaba medio dormido.

En cuanto a Tony, tan pronto como se quedó dormido, soñó que se hallaba en un gran castillo, mirando desde una ventana el patio empedrado. Había un gran cuadrado marcado en los guijarros del pavimento, y ese cuadrado estaba compuesto a su vez de cuatro cuadrados más pequeños. No lejos de allí se encontraba una vieja posada con un chirriante reclamo que rezaba: «Las Cuatro Posibilidades.» En el patio había una niña jugando a la rayuela sobre los guijarros. Al principio no podía ver quién era. Luego se volvió. Era Laura O'Mara. Sonreía y le ofrecía una pelota, pero ya no era una pelota: era un tomate o una manzana o algo así, no lo podía distinguir. De pronto, la niña desapareció, y él estaba corriendo desde la tercera base durante un partido de béisbol, tratando de robar la casa-base, y el receptor era un alto caballero cubierto con armadura. El caballero levantó su yelmo. Era su padre. Así acabó el sueño.

Capítulo XIV

Cuando Suki dijo que no había visitado nunca el Museo de Arte, Anne le propuso que fueran juntas el domingo por la tarde. En consecuencia, el domingo se encontraron recorriendo las hermosas salas del museo. Suki estaba pasmada ante los grandes tapices, las gruesas alfombras, las magníficas escaleras de caracol. Los cuadros los encontró más difíciles de apreciar. Anne miraba ansiosamente la expresión de Suki cuando pasaban de un cuadro a otro, con la esperanza de que en algún momento mostrara algún signo de complacencia. No era que no le gustaran los cuadros, intentó explicarle Suki, pero sinceramente no podía decir que le gustaran.

Sin embargo, cuando vio el cuadro de San Francisco saliendo de su cueva para disfrutar del sol, Suki se volvió a Anne con una sonrisa resplandeciente, aunque no dijo nada. Y cuando llegó a la escultura en tamaño natural de Diana, la diosa cazadora, esbelta, hermosa y de airoso porte, Suki dio vueltas y vueltas a su alrededor.

—¡Qué bonita está sin ropa! —dijo al fin Suki.

—Y qué adefesio sería si la llevara —replicó Anne, y las dos se echaron a reír. Pero al salir de la sala, fue Anne la que se volvió a mirar la Diana de nuevo, larga e intensamente.

Dieron la vuelta por el peristilo del museo —un patio interior cubierto por un techo de cristal verdoso—. En el centro del estanque había una graciosa fuente en la que querubines y delfines de bronce jugaban alegremente entre sí. Y todo alrededor del estanque había espléndidos arbustos y plantas. Se entreoía un concierto en una de las salas adyacentes, aunque a las niñas les era difícil identificar los instrumentos. Anne dijo que eran violín, violoncelo y piano. Suki pensaba que podía tratarse de un clavicordio y dos violas. (Las dos habían tocado en la orquesta de la escuela.) Se sentaron en un banco de mármol, y Suki lo contemplaba todo con sosegado deleite. Pero Anne estaba furiosa consigo misma por haberse olvidado de traer su bloc de apuntes. Le habría gustado hacer un boceto del rostro de Suki. Era distinto a todos, ¡tan hermoso! ¡Cada detalle era tan delicado y perfecto: los ojos, los pómulos, el flequillo...! ¡Qué retrato tan bonito se podía hacer con ellos!

—Me gustan estas plantas —dijo Suki—. Me gustan todas las plantas. En casa tenemos un jardín. Me gusta ver las cosas crecer y florecer. Y me gusta cavar la tierra. Es curioso, a veces cuando estoy alterada, me pongo a trabajar en el jardín, y luego me encuentro mejor.

—No sabía que hicieras cosas así —dijo Anne, para quien la jardinería era más bien un trabajo sucio e innecesario—. ¿Por qué no cuidan del jardín tus padres?

—Bueno, mi padre sí que cuida de él, cuando tiene tiempo, pero no lo tiene a menudo. Y madre no tengo. Murió el año pasado.

—¡Ah! —dijo Anne. Le había chocado que Suki no tuviera madre. Luego recordó una cosa—, ¡Pero tienes un hermanito pequeño!

—Sí —repuso Suki con una leve sonrisa—. Normalmente yo cuido de él. ¡Es tan majo! Pronto hará los tres años.

Anne no tenía hermanos, así que no sabía muy bien qué decir. Al cabo de un instante, observó:

—A mí también me gustan las flores. Sobre todo cuando están recién cortadas y yo misma las puedo arreglar en un florero, y si me gustan mucho, a veces las pinto.

De nuevo hizo una pausa y luego preguntó:

—¿Has probado alguna vez a escribir un poema sobre flores?

—He probado, varias veces, pero no eran buenos. ¡Pero si, además, los has leído! Salieron en la revista de la escuela. Son muy corrientes. Pero una vez escribí un poema sobre flores que aún me gusta. Sólo tenía siete palabras:

**«Los jardineros»,
piensan las rosas,
«nunca mueren.»**

Anne ya no se acordaba de que había leído los poemas. Por un momento pensó en protestar que los poemas no le habían parecido nada corrientes, pero no los podía recordar muy bien, así que no dijo nada.

Suki recorrió con el dedo la hoja gigante de un filodendro.

—Supongo que a mí también me gustan las flores cortadas —dijo—, pero se mueren, y no me gusta ver las cosas morir.

De pronto recordó una cosa, y su cara se iluminó de modo encantador.

—Una vez tuvimos una planta llamada céreus. ¿Has visto alguna vez una? Son plantas tropicales, de flores nocturnas. Sólo florecen una vez cada cuatro años. La noche en que iba a abrirse, colocamos reflectores a su alrededor e hicimos una gran fiesta con todos nuestros amigos, y nos quedamos despiertos toda la noche. Y, ¡ah, qué bonita estaba la flor! ¡Tendrías que haberla visto! Era como un lirio enorme, pero muy profundo por dentro. ¡Estaba preciosa! —Suki suspiró y luego sonrió al reparar en un querubín que forcejeaba con uno de los delfines.

Anne también sonrió, no al querubín, sino porque la hacía feliz ver a Suki contenta.

—¡Suki —exclamó—, tienes que venir alguna vez a mi casa! Tenemos toda clase de cosas interesantes. Mi madre pinta y tiene los cuadros colgados por todas partes, pero seguramente no te gustarán. Pero mi padre tiene las colecciones más extraordinarias. Habrías de ver su colección de mariposas. Las tiene en cajas de cristal, colocadas y clavadas con alfileres con tanto cuidado...

Suki intentó no estremecerse, pero no pudo evitarlo, y Anne no pudo evitar verlo. Anne se reprochó no haberse dado cuenta de que Suki no soportaba ver sufrir a ningún ser vivo. Ni siquiera soportaba oír hablar de que se les hiciera sufrir.

Anne puso su mano sobre la de Suki un instante.

—Suki, perdona. Supongo que es cruel atravesar las mariposas con un alfiler, aunque mi padre las anestesia primero. Pero me gustaría que vinieras a casa conmigo. A mis padres les encantaría conocerte. ¡Te encontrarían tan interesante...!

—¿Cómo una mariposa? —preguntó Suki, y al momento se había mordido la lengua, tanto lamentaba haberlo dicho. Era cruel lo que había dicho, pensó Suki, y Anne no tenía ninguna mala intención. En cuanto a Anne, los ojos se le arrasaron en lágrimas y se ruborizó.

—¡No, Suki, no, no! ¡Nada de eso! —fue todo lo que Anne pudo articular. No pensó que la observación de Suki fuera cruel, porque pensó que en cierto modo la merecía. «Suki se considera una apersona absolutamente corriente —pensó Anne—, así que supongo que al decir yo que mis padres la encontrarían interesante, debe de haber pensado que la estaba tratando como una cosa rara. Y quizá tenga razón.»

Después de todo, cuando su familia invitó a todos aquellos amigos a ver aquella planta nocturna no había nada de malo en ello, porque una planta es una cosa. Pero Suki es una

persona, y a una persona no se la trata como a una cosa, independientemente de cómo sea. Y eso es lo que estaba haciendo. Es como si la estuviera *usando*, igual que uso las flores cortadas cuando las coloco para hacer una naturaleza muerta. «¡Qué mal me siento!»

Entonces Anne notó que Suki le tiraba suavemente de la manga.

—No importa, Anne —dijo Suki con dulzura—, no importa. No debería haber dicho eso. Y me encantaría ir a tu casa.

Cuando hicieron el camino de vuelta por las salas del museo, Suki se paró delante de un retrato.

—Qué niño tan guapo, ¿verdad? —dijo con una sonrisa.

—Es Titus —repuso Anne—. Era el hijo de Rembrandt. Creo que tenía unos ocho años cuando se pintó el cuadro, y me parece que murió poco después.

Suki ya no sonreía.

—Pobre hombre —dijo—, es duro perder a alguien a quien quieres mucho.

Mientras volvían a casa por el parque, Anne dijo:

—Es curioso, para mí siempre fue simplemente un cuadro. Pero para ti, era como si fuera una persona de verdad.

—¡Oh, no! —replicó Suki—, ya sé que el cuadro no era una persona de verdad. En realidad, creo que por eso nunca me han gustado mucho los cuadros, porque no están vivos. Es verdad que me gusta cuando me señalan los colores y el modo como están dispuestos, pero, para mí, los cuadros nunca han sido más que grandes rectángulos de lienzo embadurnados. Sólo cuando tienen algo que ver con la vida o con la gente puedo encontrarles algún interés —Suki sonrió cuando vio que Anne fruncía el ceño ante sus observaciones—. Después de todo —concluyó—, las personas y las cosas son muy diferentes y para mí una pintura es sólo una cosa.

—Pero te gustan las plantas —protestó Anne—, y las plantas son cosas.

—Bueno, pero son cosas vivas —replicó Suki.

—Puede que estén vivas —dijo Anne—, pero no tienen sentimientos, y no expresan nada. Mientras que los cuadros, aunque no sean más que cosas, sí que expresan algo. Así que no es tan sencillo como pensabas tú —Anne añadió para sí: «Ni tampoco tan sencillo como pensaba yo».

Suki dijo suavemente:

—Siempre he considerado los cuadros como cosas bonitas, como las pulseras, quiero decir, algo ornamental. Nunca pensé que tuvieran sentimientos.

—Bueno, no los *tienen* —replicó Anne—, pero los *expresan*. Y no sólo sentimientos, sino también ideas. Muchas veces sólo con mirar un cuadro es como si supiera instantáneamente cuál era el pensamiento del pintor.

Suki consideró lo que decía Anne y luego respondió:

—Así que las plantas son parte de la naturaleza y no expresan sentimientos. Y los cuadros son hechos por el ser humano y sí que expresan sentimientos. Pero, ¿y el rostro y el cuerpo humanos? No son hechos por el ser humano y, sin embargo, sí que expresan sentimientos. Así que bien mirado, este es un tercer tipo, ¿no?

Anne pasó el brazo alrededor del hombro de Suki y le dio un ligero apretón, y aunque no dijo una sola palabra, sonrió como diciendo: «Sí, Suki, eso es, sí... sí... sí...»

El mismo domingo, Lisa y Fran fueron al cine juntas. En la película había muchas escenas de amor y muchos besos. Sin embargo, a las niñas no les hizo mucha impresión, y se pasaron gran parte del tiempo cuchicheando, intercambiando los asientos, burlándose, sofocando la risa a duras penas, masticando palomitas ruidosamente, y entrando y saliendo de los lavabos. Cuando terminó la película, no hablaron de ella en absoluto, más que para recordar la parte en que la novia se caía a la piscina y seguía adelante con la ceremonia y se casaba empapada.

Fran no vivía lejos del cine, de modo que, a la salida, Lisa accedió a pasar un rato por casa de Fran antes de irse a casa.

—¿Cuántos hermanos tienes, Fran? —preguntó Lisa, mirando algunas fotografías sobre la cómoda.

—Tres —dijo Fran sonriendo—, todos más pequeños que yo.

—Es curioso —dijo Lisa—, yo también tengo tres hermanos, pero son todos mayores que yo, mucho mayores. Yo soy la más pequeña. Pero son buena gente, mis hermanos, aunque se meten mucho conmigo. Cuando empiezan, me dan ganas de asesinarlos, de estrangularlos— se echó a reír al decirlo, y Fran sabía que, en realidad, no lo decía en serio. Fran estuvo de acuerdo en que sus hermanos a veces estaban a punto de sacarla de quicio, pero que los días que estaban fuera, como hoy, los echaba mucho de menos.

—Dos de mis hermanos estudian en la Universidad —dijo Lisa—. Cuando sea mayor, iré a la Universidad también, a la misma que ellos, aunque naturalmente entonces ellos ya no estarán —después de una pausa, añadió—: ¿Te gustaría... ir a la Universidad, Fran?

—Por supuesto que sí —replicó Fran tranquilamente—. Quiero ser abogada.

—¿Por qué abogada? —preguntó Lisa.

—Porque creo que los abogados son los que más pueden hacer por los negros, y yo quiero hacer todo lo que pueda por mi pueblo —respondió Fran—. Así de sencillo.

Lisa cogió una pequeña talla de madera.

—Es bonita —observó—. ¿De dónde procede?

—De Tanzania —dijo Fran—. Mi tío fue allí una vez y se lo trajo. Me gustaría ir allá algún día.

—¿No está la gente allí muy atrasada? —preguntó Lisa.

—Bueno, son pobres, sí —dijo Fran en seguida—, y no tienen cantidad de cosas que tenemos aquí. Pero si quieres decir que son una horda de salvajes, te diría que no. Te voy a decir una cosa — continuó Fran, y los ojos le llameaban—. Aquí, en este país, por mucha abundancia que haya, hay siempre miles de personas que pasan hambre, y por mal que vayan las cosas, hay mucha gente que tiene de sobra. Pero mi tío me ha dicho que en ciertas regiones de África no es así. Allí, cuando hay hambre, nadie tiene de sobra, y cuando hay abundancia, nadie pasa hambre. Así que me gustaría saber quiénes son los salvajes, ellos o nosotros.

Lisa no dijo nada. Estaba muy impresionada por el vigor con que Fran opinaba sobre ciertas cosas. A Lisa le habría gustado que Fran hablara un poco más sobre sí misma y sus opiniones, pero de pronto Fran volvió a su actitud acostumbrada y ya no parecía dispuesta a hablar de nada que pudiera convertirse en personal. A Lisa se le ocurrió que era raro que Fran hubiera invitado a alguien con quien no tenía mucha confianza, del mismo modo que era raro que hablara con otra persona de sus pensamientos acerca de sí misma.

Lisa no tenía ningún deseo de entrometerse en la vida privada de Fran, y decidió cambiar de tema.

—Fran —dijo—, dime, ¿qué piensas de lo que hacen Harry y Tony?

—¿Quieres decir invertir oraciones y preguntar qué se sigue de qué, y pedir siempre razones cada vez que alguien dice algo, y tratar siempre de explicar las cosas que ocurren? —repuso Fran.

Lisa asintió.

—No sé —dijo Fran—. Supongo que está bien, pero seguro que aún les queda mucho camino por recorrer. Porque mira, se necesitan años y años para aprender todo lo que hay que saber de Matemáticas, y supongo que lo mismo sucede con lo que intentan hacer ellos.

—Es verdad —respondió Lisa, echando atrás su larga cabellera por encima de los hombros—, tienes toda la razón. En realidad no me refiero a Harry. Está muy entusiasmado y trabaja duro, y muchas veces no llega a ninguna parte y él lo sabe. Pero Tony piensa que todo es muy sencillo. Igual que coger un número y añadirle otro, y calcular cuál es el tercero —la suma de los dos primeros—, igual que siete y tres hacen diez. O sea que piensa que si se coge una oración y se le añade otra, se puede obtener una tercera oración que sería el resultado de sumar las dos primeras.

Fran se echó a reír.

—Me parece que te molesta un poco que Tony tenga razón tantas veces —observó—, pero en este caso tiene razón, ¿no?

Lisa también se echó a reír.

—Sí, tiene razón. Creo que lo que en realidad me fastidia de él no es que muchas veces tenga razón. Es que parece que se cree que los chicos son muchísimo mejores que las chicas.

—Es curioso —repuso Fran—, eso a mí nunca me molesta. Creo que las personas que siempre están intentando demostrar algo son los primeros que, en el fondo, no se lo creen. Tony tiene un miedo atroz a equivocarse en lo que sea, así que nunca intenta hacer nada a menos que crea que puede hacerlo bien.

Lisa había cogido un lápiz y un bloc de notas amarillo del escritorio de Fran, y se había puesto a garabatear en él. Pero ahora anotó uno de los ejemplos de los que había hablado con Harry y Tony hacía unos días.

«Todos los perros son animales.

Todos los *collies* son perros.

Luego: Todos los *collies* son animales.»

—¿Ves?—dijo, apuntando con el lápiz a las dos primeras líneas—, es como dijo Tony. Si te dan las dos primeras oraciones, puedes calcular la tercera, como si calculas una suma a partir de dos sumandos.

Fran examinó el ejemplo unos instantes y comentó:

—No, Lisa, no es lo mismo. Porque una suma es *igual a* los dos números que has sumado. Pero lo que tienes aquí es una conclusión que has sacado de las dos oraciones de las que partiste. Y la conclusión no es para nada lo mismo que esas dos oraciones de partida.

Lisa frunció el ceño.

—¿Por qué no? —preguntó.

—Porque, fíjate —señaló Fran—, tenías la palabra «perros» en la primera oración, y también en la segunda, pero en la tercera ¡falta por completo!

—Es verdad —exclamó Lisa—, ¡desaparece!—mordió la goma de borrar del lápiz un instante y luego dijo—: Probemos otro ejemplo a ver si pasa lo mismo. En el bloc amarillo escribió:

**«Todos los alumnos son personas.
Todos los de sexto son alumnos.**

Luego: Todos los de sexto son personas.»

—¿Ves? —dijo Fran triunfalmente—. La palabra «alumnos» aparece en cada una de las dos primeras oraciones, pero parece como si quedara autoanulada, como cuando simplificamos fracciones. Las otras palabras, «de sexto» y «personas» sólo aparecen una vez en las dos primeras oraciones, pero luego se presentan de nuevo en la conclusión.

—Y hay otra cosa que he notado —dijo Lisa—. En la primera oración la palabra «alumnos» está al principio, pero en la segunda está al final. No sé si ese detalle tendrá importancia.

Fran en seguida lo entendió.

—Sólo cabe hacer una cosa —afirmó—. Ver si todavía funciona poniéndolo de otra manera. Vamos a ver ahora... —y por un momento escondió la cara entre las manos para concentrarse. De pronto apartó las manos y, con una resplandeciente sonrisa, dijo—:

¡Ya lo tengo! A ver qué te parece esto —y, cogiéndole a Lisa el lápiz y el bloc, escribió:

**«Todas las truchas son peces.
Todos los tiburones son peces.**

Luego: Todas las truchas son tiburones»

Lisa miró a Fran con una expresión sorprendida.

—No funciona —exclamó—. Las truchas no son tiburones. ¡Debe de ser que al poner la palabra «peces», la palabra que se anula a sí misma, *al final* de cada una de las dos primeras oraciones, hiciste que la conclusión resultara falsa!

—¡Bueno, eso es magnífico!—dijo Fran llena de júbilo—. Me parece que hemos descubierto algo que Tony y Harry han estado buscando todo el rato y no han podido encontrar: el secreto de por qué algunos pares de oraciones dan una conclusión verdadera y otros dan una conclusión falsa.

—Espera —dijo Lisa, que estaba tan entusiasmada como Fran—, voy a probar con otro ejemplo.

**«Todas las liebres son mamíferos.
Todas las liebres son rápidas.**

Luego: Todos los mamíferos son rápidos.»

Fran palmeó las manos.

—¡Mira, Lisa! Has puesto la palabra que se anula, «liebres» *al principio* y de nuevo eso ha hecho que la conclusión sea falsa.

Lisa replicó.

—Fran, me parece que aún no podemos decir con seguridad que lo que hemos hecho esté bien. Puede haber casos como el que te puse antes en que la conclusión resulte verdadera en vez de falsa. A lo mejor todavía no lo hemos probado con suficientes tipos distintos y puede que haya reglas que aún no conocemos.

No muchos días después, Lisa subió al autobús para ir a la escuela por la mañana y se llevó la alegría de encontrar a Fran en el mismo autobús. Las dos chicas charlaron unos minutos. Luego se dieron cuenta de que los dos hombres que se sentaban delante de ellas hablaban en voz bastante alta y parecían enfadados por alguna causa. Las chicas iban a sacar la conclusión de que hablaban de política, cuando acertaron a oír que uno de los hombres decía:

—Este país se está yendo al diablo. Y todo por culpa de esos que siempre están agitando en favor de sus derechos civiles. Cada vez que miro el periódico, leo que algún abogado defiende a algún radical. ¿Se ha dado usted cuenta de que todos los abogados de este país están a favor de los derechos civiles? Y, ¿se ha dado cuenta de que todos los radicales de este país están a favor de los derechos civiles? ¿Qué otra prueba necesita de que todos los abogados son radicales?

Fran abrió rápidamente su cuaderno y escribió:

**«Todos los abogados son personas que apoyan los derechos civiles.
Todos los radicales son personas que apoyan los derechos civiles.**

Luego: Todos los abogados son radicales.»

Y debajo escribió el ejemplo que había utilizado el otro día:

**«Todas las truchas son peces.
Todos los tiburones son peces.**

Luego: Todas las truchas son tiburones.»

Enseñó a Lisa el cuaderno y Lisa chilló de contento:

—Ya veo, ya... Yo también me he dado cuenta. Entonces no se seguía que todas las truchas fueran tiburones, y ahora no se sigue que todos los abogados sean radicales.

El autobús se paró delante de la escuela y las chicas se apearon. Lisa se echó la cabellera hacia atrás y Fran se acarició su rizado pelo, ensimismada. Luego sonrió y dijo:

—Por lo menos he aprendido una cosa.

—¿El qué? —preguntó Lisa.

—Lo que dirán de mí si algún día consigo ser abogada —replicó Fran.

Capítulo XV

Harry acababa de pasar una capa de pintura plateada sobre su estación espacial de plástico cuando su padre asomó la cabeza por la puerta y preguntó:

—¿Vienes a dar una vuelta, Harry? Salgo a buscar unos puros.

Harry se apresuró a quitarse la pintura de los dedos restregándolos con un disolvente, mientras su padre le esperaba fuera.

En el camino de vuelta, el señor Stottlemeier quitó a uno de los puros su envoltura de celofán, arrancó con los dientes una punta, encendió la otra, aspiró un momento el humo del cigarro e hizo un anillo de humo en el aire.

—Papá —dijo Harry—, ¿por qué fumas?

—Porque me gusta —replicó el señor Stottlemeier.

—Pero dicen que el tabaco produce cáncer —insistió Harry.

—Sólo si fumas demasiado —contestó el padre de Harry.

—No veo cómo puedes estar seguro de que no fumas demasiado —dijo Harry—. Además, una vez probé a echarle una chupada a tu cigarro, y sabía fatal.

—Bueno —dijo el señor Stottlemeier—, mejor. Quizá así no cogerás la costumbre.

—Papá —dijo Harry al cabo de un momento—, has dicho que fumas porque te gusta. Pero, ¿te gustaba al principio?

—No me acuerdo. Hace mucho tiempo. Me parece que no me gustaba mucho al principio, pero luego seguí fumando y pronto empezó a gustarme.

—¿Cuánto hace de eso?—preguntó Harry—. ¿Cuándo hacías el bachillerato?

El padre de Harry se echó a reír.

—No, fue más tarde. Fue cuando estaba en el Ejército.

—¿Cuándo estuviste en Corea?

El padre de Harry asintió. Muy rara vez parecía dispuesto a hablar sobre el tiempo que pasó en el Ejército.

Después de una pausa, Harry preguntó:

—Por cierto, ¿cómo empiezan las guerras?

—¡Oh!—dijo el señor Stottlemeier—. Ya sabes cómo son las cosas. La gente se odia y, en cuanto te quieres dar cuenta, ya están peleándose.

—¿Odiabas a los coreanos?

—Querrás decir los norcoreanos —dijo el señor Stottlemeier. Peleábamos *contra* los norcoreanos, pero con los surcoreanos. A decir verdad, nunca vi gran diferencia entre ellos.

—Pero, ¿odiabas a los norcoreanos? —preguntó Harry.

—No, no creo —replicó su padre—. Quizá de vez en cuando, hacia el final, pero al principio, no.

Harry estaba perplejo.

—Papá —dijo finalmente—, has dicho antes que la gente primero se enfurece y luego pelea. Pero en tu caso fue al revés. Peleabas en la guerra, y sólo después te enfureciste. ¿Cómo puede ser?

—No sé cómo puede ser, Harry —dijo el señor Stottlemeier. Realmente nunca he pensado en ello de esa manera. No lo sé.

Se pararon en una esquina y esperaron a que cambiara la luz del semáforo.

—Papá —dijo Harry mientras cruzaban la calle—, no querría ser un pelma...

—¡Pero tienes otra pregunta! —el padre de Harry se reía—. Y bien, ¿cuál es? ¡Sé pelma!

—Estaba pensando... Dijiste que fumabas porque te gustaba. Pero también dijiste que cuando empezaste, mientras estabas en el Ejército, fumabas y aún no te gustaba. No lo entiendo.

—¿Qué quieres decir? preguntó su padre.

—Quiero decir: ¿qué fue primero, el fumar o el gusto por fumar?

—El fumar.

—Es lo que pensaba —dijo Harry.

Al día siguiente, el señor Bradley mostró unos vasos comunicantes a la clase. Echó por un lado un vaso de agua y, tras fluctuar un momento arriba y abajo, el agua se estableció en el mismo nivel a los dos lados del tubo.

—Fijaos —dijo el señor Bradley—, hace muchos, muchos años, la gente era muy supersticiosa y pensaba que el agua era como un ser vivo. Cuando veían el agua de los manantiales correr hacia el mar o cuando veían el agua de la lluvia extenderse en el suelo, solían decir: «El agua busca su nivel.» Pero, naturalmente, era un error. El agua no *intentaba* encontrar su nivel, ¿verdad? No tiene mente. No es más que una cosa, un objeto físico. Por eso ahora, en los vasos comunicantes, cuando los dos lados al final se igualan, no es porque «el agua busca su nivel», como se decía antes. Es sólo que el agua obedece la ley de gravitación.

Inmediatamente, Tony levantó la mano.

—Señor Bradley, ¿no tendría el agua que tener mente para poder hacer lo que ha dicho usted, «obedecer la ley de la gravedad»?

El señor Bradley sonrió, moviendo la cabeza de lado a lado.

—Tony, tienes toda la razón. Acabo de decir una tontería, y no me estoy riendo de ti, me río de mí mismo. Claro que el agua no *obedece* la ley de gravitación igual que una persona obedece un semáforo. La ley de gravitación no les dice a las cosas cómo deben comportarse; simplemente describe cómo se comportan de hecho. Por eso es una tontería que yo, o quien sea, diga «el agua *obedece* la ley de gravitación».

Algunos de los miembros de la clase entendieron la cuestión y se divirtieron junto con el señor Bradley y Tony. Pero otros no se enteraron. El señor Bradley empezó a explicarlo, pero desgraciadamente sonó el timbre, de modo que no pudo acabar.

No lo olvidó. Al día siguiente hizo de nuevo el experimento de los vasos comunicantes, y de nuevo explicó lo de la ley de gravitación. Luego empezó a hablar de rocas y pasó por la clase muestras de diferentes tipos de rocas. La clase estaba encantada con ellas. Timmy Samuels levantó una pieza que brillaba a la luz y preguntó qué era.

—Es mica —dijo el señor Bradley—. ¿Ves? Puedes desprender pequeños fragmentos con los dedos.

—¿Cómo es que se puede ver a través? —preguntó Mickey Minkowski, a quien el señor Bradley había pasado la pieza y que miraba por ella guiñando un ojo.

—Bueno —dijo el señor Bradley—, es casi transparente.

Vacilante, Harry levantó la mano.

—Señor Bradley —dijo—, a lo mejor es una pregunta tonta, pero cuando Mickey le ha preguntado cómo era que se podía ver a través de la mica, usted ha dicho que porque era transparente. Mi pregunta es: ¿se puede ver a su través porque es transparente, o es transparente porque se puede ver a su través?

— ¡Ah! —dijo el señor Bradley—, es una buena pregunta, Harry. La respuesta puede que sea un poco difícil de seguir para vosotros, pero voy a intentar explicarlo. Veamos: las cosas a través de las cuales podemos ver se *llaman* «transparentes», ¿vale?

— Vale —dijo Harry.

— Muy bien —dijo el señor Bradley—, entonces eso significa que *describimos* las cosas como «transparentes» si podemos ver a través de ellas. Pero sería erróneo decir que podemos ver a través de ellas *porque* son transparentes.

— Pero eso es justamente lo que usted ha dicho —dijo Mark.

— Si lo he dicho, no debería haberlo dicho —reconoció el señor Bradley—. La palabra «transparente» no es más que un nombre, y no se explica ningún tipo de comportamiento con sólo señalar el *nombre* de ese comportamiento.

— Es verdad —dijo Tony—. Si estuviéramos en el Golfo de Méjico y el viento estuviera soplando a 200 millas por hora, y alguien me dijera: «Eh, Tony, ¿por qué sopla el viento a 200 millas por hora?», y yo dijera: «Porque es un huracán», no sería una respuesta, porque sólo habría puesto un *nombre* a lo que ocurría. No lo habría explicado.

— Cierto —dijo Fran Wood—. Como si yo preguntara por qué alguien que conozco odiaba a cierta clase de personas, y tú dijeras: «Porque es un racista.» Eso no sería una explicación porque «racista» no es más que el nombre del que odia a cierta clase de personas. No es la causa de que actúe así.

— Tengo otro ejemplo —dijo Randy Garlock—. Si estiras una goma y al soltarla se vuelve a encoger, la llamas «elástica» porque se encoge.

— Y el azúcar no se disuelve porque es soluble —dijo Lisa—. Simplemente se le llama «soluble» porque se disuelve.

— ¿Y este ejemplo? —dijo Jane Starr—. La gente no lucha sin parar porque es «combativa». Lo único que pasa es que «combativo» es una palabra para describir a la gente que lucha sin parar. No es la *causa* de su comportamiento, es sólo una descripción.

Cuando Harry oyó la observación de Jane, su mente voló lejos de la conversación que tenía lugar en clase. Recordó la conversación con su padre de la otra tarde.

Aquello de lo que él y su padre habían estado hablando se parecía a lo que Jane había dicho y, sin embargo, era distinto. ¿Cómo era? ¿Se peleaban las personas entre sí porque ya se odiaban, o era su pelea la causa de que se odiaran?

Entonces Harry recordó lo que habían dicho sobre el fumar. A juzgar por el modo en que su padre se lo había contado, Harry concluyó que al principio a su padre no le gustaba fumar, pero después de probarlo durante un tiempo, acabó por gustarle. Al principio fumaba hasta que acabó por gustarle, más tarde el hecho de que le gustara hizo que siguiera fumando.

Del mismo modo —pensó Harry—, un soldado puede encontrarse en el ejército obligado a pelear, aunque no odie al «enemigo». Pero al cabo de un tiempo, después de haber combatido suficiente tiempo, puede desarrollar un odio que le haga seguir combatiendo.

Así, lo que empieza siendo la causa puede acabar siendo el efecto —se dijo Harry—, y lo que empieza siendo el efecto puede acabar siendo la causa.

De pronto, Harry se sintió un tanto molesto. Y sabía que no estaba molesto consigo mismo. Estaba molesto con su padre. «Le pregunté por qué fumaba y me dijo que porque le gustaba. Pero el hecho de que le guste sólo es la *causa* de que fume, y yo no quería conocer la causa; yo quería que me diera una buena *razón* para fumar. Debería haber tratado de *probarme* que el fumar es bueno. Seguro que si lo hubiera intentado, yo podría haberle probado que no lo es.»

Pero entonces Harry meneó la cabeza. Se figuró que su padre nunca intentaría probarle que lo que hacía estaba bien hecho. Así que devolvió la atención al pedazo de roca que tenía sobre el pupitre.

Capítulo XVI

Tanto la madre como el padre de Tony Melillo tenían que levantarse cada día temprano para ir a trabajar. Cuando salían, aún era pronto para que Tony fuera a la escuela, por lo cual ponían el despertador para él, y él se levantaba, se vestía, desayunaba y se hacía el almuerzo solo, sin nadie más en casa. Pero su madre siempre se preocupaba por la posibilidad de que se quedara dormido y, en consecuencia, llegara tarde a la escuela. De hecho, eso es precisamente lo que le decía cada noche antes de acostarse:

—Recuerda, Tony, si te duermes, llegarás tarde a la escuela.

Aquel fin de semana la familia Melillo hizo un largo viaje en autobús para visitar a los abuelos. No volvieron hasta el domingo por la noche, bastante tarde. Había sido un fin de semana largo y cansado, y la señora Melillo estaba especialmente preocupada por la posibilidad de que Tony no se despertara a la mañana siguiente, al sonar el despertador. Como de costumbre, le dijo:

—Si te duermes, llegarás tarde a la escuela —pero esta vez sí que se durmió. Y llegó tarde a la escuela. Esto fue el lunes.

El lunes por la noche, la señora Melillo repitió su advertencia acostumbrada sobre lo que pasaría si Tony se dormía. A la mañana siguiente, Tony se levantó inmediatamente al sonar el despertador. Pero la noche anterior había olvidado dejar lista la ropa, y ahora no encontraba la camisa. Registró desesperadamente los cajones de la cómoda. No había una sola camisa a la vista. Al fin, decidió esperar hasta que su madre llegara al trabajo. Entonces le telefoneó y ella le dijo que mirara entre las camisas de su padre. Lo hizo y encontró que sus camisas estaban revueltas con las de su padre, pero cuando se hubo vestido ya era tarde para la escuela. Esto fue el martes.

El miércoles volvió a llegar tarde, porque se paró a mirar cómo unos bomberos rescataban a un niño de una casa ardiendo.

Era muy poco frecuente que Tony llegara tarde ni lo más mínimo, ya no digamos tres veces en una semana. No le gustaba llegar tarde. Además, Tony llevaba un diario en el que apuntaba cosas que le sucedían. Y una cosa le tenía perplejo. Su madre siempre le advertía: «Si te duermes, llegarás tarde.» De acuerdo, lo que sucedió el lunes probaba que tenía razón, porque el lunes se durmió y, en consecuencia, llegó tarde.

Pero, ¿y el martes? No se durmió ni el martes ni el miércoles y aun así esos dos días llegó tarde.

Tony estuvo tentado de olvidarlo, pero no podía quitárselo de la cabeza. Tenía el presentimiento de que había allí alguna regla esperando que alguien la descubriera, una regla que le ayudaría a resolver cosas. Pero no sabía cuál podría ser. Así que decidió hablar con Harry.

Pero antes de que pudiera decirle nada a Harry, Fran y Lisa llegaron corriendo.

—¿Has oído?—dijo Lisa, sin aliento—. Jane Starr dice que Sandy Mendoza le ha robado la cartera, y dentro tenía un monedero, y dice que el monedero tenía cinco dólares que le dio su madre para comprar libros de música.

—¿Y qué dice Sandy?—preguntó Harry.

—Dice que no ha sido él—contestó Fran—. Dice que antes había estado haciéndole creer a Jane, por broma, que iba a quitarle la cartera, porque ella le había dicho que llevaba dinero en ella. Pero asegura que no lo robó.

—¿Dónde están ahora? —quería saber Tony.

—Están buscando por todo el edificio de la escuela por si está escondida en algún sitio —dijo Lisa.

A Tony no le interesaban gran cosa los problemas de Jane. Volvió al tema que quería discutir con Harry. Tony habría preferido hablar con Harry a solas, sin que estuvieran delante las chicas, pero no quería ser maleducado y mandarles a paseo, así que tuvo que tolerarlas. Contó a Tony la conclusión a la que había llegado por el momento.

Harry en seguida se metió en faena.

—Mira, Tony —señaló—, lo que dijo tu madre se compone de dos partes. La primera es «si te duermes» y la segunda «llegarás tarde».

Lisa no pudo reprimirse:

—Y fíjate —dijo—, ¡cada parte puede ser verdadera o ser falsa! O sea, o te duermes o no te duermes. Y, o llegas tarde o no llegas tarde.

—¡Es verdad! —exclamó Harry—. ¡Eh, Lisa, acabas de decir algo importante! Porque ahora, ¿ves?, podemos coger lo que dijo la madre de Tony y ver qué pasa si la primera parte es verdadera y qué pasa si es falsa. ¿No ves, Tony? Es como tus «cuatro posibilidades».

Entonces, Tony ya estaba animado.

—¡Para, para, para! Espera que coja una tiza —rápidamente borró la pizarra y empezó a escribir:

Lunes

«Si te duermes, llegarás tarde»

Primera parte verdadera: *Me dormí.*

Resultado: Llegué tarde.

Martes

«Si te duermes, llegarás tarde»

Primera parte falsa: *No me dormí.*

Miércoles

«Si te duermes, llegarás tarde»

Segunda parte verdadera: *Llegué tarde.*

Jueves

«Si te duermes, llegarás tarde»

Segunda parte falsa: *No llegué tarde.*

Los dos chicos y las dos chicas se apartaron un momento para examinar lo que había escrito Tony.

—¿Qué queréis hacer? —preguntó Fran—. No estoy segura de entenderlo.

—Queremos ver si se sigue algo —explicó Harry—. ¿Ves?, es fácil de ver en el caso del lunes. A Tony le dijeron que si se dormía, llegaría tarde. Y llegó tarde.

—Sí, pero... —dijo Tony— ¿y los otros días?

—Bueno —dijo Lisa—, en el caso del martes no se sigue nada. No te dormiste, de modo

que *podrías* haber entrado a la hora. Pero podía haberte ocurrido otra cosa que te hiciera llegar tarde.

—Eso es justo lo que sucedió —dijo Tony. No le apetecía contar a las chicas que se le hizo tarde porque no encontraba ninguna camisa que ponerse—. Así que, de acuerdo, digamos que, cuando la primera parte es falsa, no se sigue nada.

—En ese caso —dijo Fran—, lo mismo vale para el miércoles. Si lo único que sabemos es que una persona llegó tarde, no podemos decir si es porque se durmió o porque le ocurrió otra cosa.

—Entonces, apuntémoslo: si la segunda parte es verdadera, no se sigue nada —dijo Tony.

—¿Y el jueves?—preguntó Harry—. Supongamos que lo único que sabemos es que la segunda parte es falsa. ¿Nos dice eso algo sobre la primera parte?

—Necesariamente —dijo Fran—. Si el jueves Tony llegó a clase puntual, entonces no pudo haberse dormido.

—Es cierto —dijo Tony—, no me dormí.

—¿Sabéis qué significa eso?—exclamó Harry—. ¡Que si la segunda parte es falsa, también lo será la primera!

Desde el fondo de la clase se oyó la voz del señor Spence que decía:

—Admirable, francamente admirable —hacia rato que estaba allí, sentado en uno de los pupitres, y ellos estaban tan ocupados escribiendo en la pizarra que no lo habían advertido—. ¿Queréis que resuma por vosotros lo que acabáis de hacer? —preguntó.

—Resúmalo —dijo Fran. Los otros asintieron.

—Bien —dijo el señor Spence—. Creo que habéis descubierto una magnífica regla que sirve para cualquier oración compuesta que empiece con la palabra «si». Tened en cuenta que podemos suponer que una larga oración compuesta que empiece con «si» es verdadera,

aunque no supongamos que los enunciados más breves que la componen sean verdaderos. Pues bien: la regla de razonamiento que habéis descubierto sirve cuando el primero de estos enunciados es verdadero o cuando el segundo es falso. Si averiguamos que el primer enunciado componente es verdadero, se seguirá que el segundo también es verdadero. Y si nos dicen que el segundo enunciado componente es falso, entonces el primero también habrá de ser falso.

—¿Nos puede poner un ejemplo? —preguntó Lisa.

—Naturalmente —dijo el señor Spence—. Supongamos que esta oración es verdadera: «Si te vacunas, no cogerás la viruela.» Y ahora imagínate que te digo que aquí Harry se ha vacunado. Sobre la base de este solo hecho, ¿qué podrías deducir por ti misma?

—Es fácil —Lisa se reía—. Que Harry no cogerá la viruela.

—Y ahora —dijo el señor Spence—, otro caso. Pero este es más difícil. Imagínate que te digo que alguien que yo conozco acaba de contraer la viruela. ¿Qué podrías deducir de ahí?

—No sé —dijo Lisa—. Me rindo.

—Yo lo sé —dijo Fran—. Lo que se deduce es que la persona de quien habla usted no debe de haberse vacunado.

—Exacto —dijo el señor Spence. Se volvió a la pizarra y escribió:

Suponemos que es verdadero:

Si se vacuna, no cogerá la viruela.

Describimos que la segunda parte es falsa: Cogió la viruela.

Luego la primera parte ha de ser falsa: No se había vacunado.

En aquel momento fueron interrumpidos por la aparición del señor Partridge y de Jane Starr. Jane llevaba su cartera.

—¿Dónde la has encontrado? —preguntó Lisa.

—Detrás del surtidor —dijo Jane—. Sandy debe de haberla empotrado allí, para volver más tarde a buscarla.

—¿Dónde está Sandy ahora?—preguntó el señor Partridge—. ¿Lo ha visto alguien?

—Yo no —dijo Harry.

Tony se encogió de hombros. Las dos chicas negaron con la cabeza.

—Un momento —dijo Harry—, Jane, ¿dónde encontraste la cartera?

—Detrás del surtidor, arriba, en la tercera planta.

—Bien —dijo Harry—. Y ¿qué hora era cuando la viste por última vez?

—Recuerdo que la tenía a las dos, que fue cuando Sandy empezó a meterse conmigo ahí, al fondo de la clase.

—¿Y a qué hora la echaste en falta? —insistió Harry.

—Serían las tres menos cuarto —replicó Jane—. Recuerdo haber levantado la vista hacia el reloj a esa hora.

—Bien —dijo Harry—. Bueno, yo también recuerdo algo. Casualmente he estado en el aula desde las dos hasta las tres menos cuarto y recuerdo claramente que Sandy estuvo dentro del aula todo el rato. No salió para nada. Ahora bien, si Sandy hubiera robado la cartera, la cartera aún estaría dentro del aula. Pero no la han encofrado en el aula. Luego Sandy no robó la cartera.

El señor Partridge miró al señor Spence, y el señor Spence miró al señor Partridge. El señor Partridge arqueó las cejas y se puso muy serio. El señor Spence sonrió y dio a Harry un restregón en la "cabeza. Harry se echó a reír y se zafó de él.

Mientras, Tony escribía en la pizarra:

Suponemos que es verdadero:

Si Sandy lo hubiera robado, la cartera aún estaría en el aula a las tres menos cuarto.

Descubrimos que la segunda parte es falsa: no estaba en el aula a las tres menos cuarto.

Luego la primera parte ha de ser falsa: Sandy no la robó.

Pero entonces Lisa tuvo una idea:

—¿Sabéis qué? Creo que fue Mickey quien robó la cartera.

El señor Partridge miró a Lisa.

—Esa es una acusación muy seria, Lisa. ¿Qué te hace pensar que fue Mickey?

—Pues, sencillamente —dijo Lisa—, eso de esconderla detrás del surtidor de la tercera planta. Eso es precisamente lo que haría Mickey si hubiera robado algo. Apostaría cualquier cosa a que fue Mickey.

—¿Sabes qué, Lisa?—dijo Tony—, ¿sabes qué me parece que estás diciendo? Estás diciendo esto:

Suponemos que es verdadero: Si Mickey hubiera robado la cartera, la habría escondido tras el surtidor.

Descubrimos que la segunda parte es verdadera: La cartera fue encontrada en el surtidor.

Pero, ¿qué se deduce de aquí? Nada. Ya antes estuvimos de acuerdo en que no se puede probar que la primera parte sea verdadera sólo porque lo sea la segunda. Es como lo que me pasó el miércoles.

En aquel momento Sandy irrumpió en el aula arrastrando a Mickey por la muñeca.

—Venga, Mickey —le decía enfadado—, diles lo sucedido.

—Sólo era una broma, en serio, señor Partridge, sólo era una broma —gimoteaba Mickey—. Me enfadé con Jane porque, cada vez que me preguntaban en Matemáticas y no sabía dar con la respuesta, ella me decía por lo bajo: «¡Idiota!» Por eso le quité la cartera. ¡No lo hice con mala intención!

—Pero estabas dispuesto a que acusaran a Sandy en tu lugar —dijo el señor Spence—, y eso no es jugar limpio con él, ¿no crees?

Mickey negó con la cabeza, bajó la vista, se sorbió las narices y volvió a negar con la cabeza. El señor Partridge dijo que le gustaría hablar con Mickey, y los dos salieron juntos.

—¡Bueno! —dijo Lisa—, tenía yo razón, ¿no? Dije que era Mickey, ¡y lo era!

Fran y Harry se miraron pero no dijeron nada. Tony, en cambio, no pudo resistirse a decir:

—Lisa, estabas en lo cierto, pero por una razón equivocada. Simplemente trataste de adivinar y acertaste, eso es todo. Pero no pudiste probarlo.

Lisa se echó a reír. Sus ojos, muy separados, brillaron maliciosamente.

—De acuerdo —dijo—, lo admito. No habría podido probar lo que dije. Pero tenía una intuición, ya sabes lo que quiero decir, una especie de presentimiento. Y mi presentimiento resultó correcto. Después de todo, eso es lo que importa, ¿no?

El señor Spence cogió su cartera. Estaba listo para irse a casa. Pero no pudo marchar sin antes hacer a Lisa una observación:

—Sí, Lisa, hiciste una conjetura razonable. Y, al parecer, acertaste. Pero si te hubieras equivocado, otra persona inocente, como Sandy, habría pagado las consecuencias. No es que hicieras mal al tratar de adivinar quién podía haberlo hecho. Pero adivinar no puede sustituir a investigar cuidadosamente. Para decirlo brevemente, no me gustan las acusaciones hechas a la ligera.

Harry movió la cabeza en señal de asentimiento. Y a Fran se le ocurrió que, después de todo, el señor Spence era muy buena persona. Lisa y ella volvieron a casa juntas. En cuanto a Tony, tenía mucho que escribir en su diario.

Capítulo XVII

Señor Spence —dijo Harry—, después de las vacaciones, ¿seguirá dejándonos hablar sobre esto del razonamiento en clase de Matemáticas?

— ¡Hombre, por supuesto!—contestó el señor Spence—. Si eso es lo que deseas y si toda la clase está de acuerdo, creo que sería magnífico.

—Claro, sigamos con ello —dijo Tony, y Mark y Fran asintieron en silencio.

Pero Lisa levantó la mano y el señor Spence le dio la palabra.

—Me parece que ya hemos jugado bastante con esas reglas tan tontas —dijo Lisa—, Creo que deberíamos hacer Matemáticas en clase de Matemáticas, y si Harry y Tony quieren hablar de cualquier otra cosa de esas, lo pueden hacer solos. A fin de cuentas sólo les interesa a ellos.

Las observaciones de Lisa sorprendieron tanto a Harry que se quedó sin saber qué decir, y como Tony pensaba que nada de lo que decía Lisa tenía la suficiente importancia para merecer respuesta, él tampoco le contestó.

Así que hubo de ser Fran la que dijo:

—Pero Lisa, no te entiendo. Durante mucho tiempo parecías muy interesada en hablar de cómo pensamos y todo eso. Entonces, ¿cómo es que ahora estás en contra?

—Sí —dijo Mark—, ¿cómo es eso?

—Bueno —empezó Lisa, vacilante—, no es que esté en *contra*. Es que no sé si merece la pena o si no es más que una pérdida de tiempo.

Al principio, el señor Spence pensó que Lisa no debía de estar hablando en serio, pero ahora se daba cuenta de que sí.

—¿O sea, que crees que no has aprendido nada, Lisa? —preguntó.

—Digamos que no creo que haya aprendido nada que no supiera ya.

—Bueno, si ya lo sabías, no puedes haberlo aprendido -intervino María Jahorski.

Lisa le echó una rápida mirada y dijo:

—Naturalmente.

Harry aún estaba tratando de entender lo que estaba sucediendo. No podía creer que Lisa quisiera, de repente, abandonar, así porque sí, simplemente porque no creía que fueran a llegar a ninguna parte. Se puso a pensar si había dicho algo que hubiera podido ofenderla, pero no se le ocurrió nada salvo, quizá, que Lisa se hubiera molestado cuando Tony y el señor Spence le criticaron por acusar a Mickey de robar la cartera. Pero varios miembros de la clase ya empezaban a decir que estaban de acuerdo con Lisa.

Harry se dio cuenta de que, si no hablaba ahora, todo el proyecto se abandonaría. Ya no habría más discusiones en clase sobre las ideas y el pensamiento y lo que era importante y lo que no lo era, como las que tanto había disfrutado en los últimos meses. Tenía la impresión de que toda la clase le estaba mirando a él, así que levantó la mano, aunque no sabía qué iba a decir. No fue capaz de hacer frente a la clase, se dirigió al señor Spence.

—Señor Spence, me parece que en cierto modo Lisa tiene razón. Creo que personas distintas entienden las cosas de maneras distintas. Puede ser que una cosa que a ella le parece clara a mí no me lo parezca, y tenga que sacarla a fuerza de discurrir, y ella cree que la he sabido desde siempre. No sé qué decir más.

Harry había pensado que sería capaz de decir algo muy inteligente y estaba decepcionado consigo mismo. Además, tenía la impresión de que también había decepcionado a los otros. A Mark, a Tony, a Fran... Aunque sabía que no podía contar con que ellos dijeran nada, también

sabía que ellos contaban con él.

De pronto, Mickey Minkowski declaró:

—No sé los demás, pero yo creo que aprendí algo. Por ejemplo, qué oraciones se contradicen, y esto nunca nos lo han enseñado en Lengua.

Y Laura O'Mara dijo:

—Y yo todavía me acuerdo de que no se pueden invertir las oraciones que empiezan con la palabra «todos», como cuando Randy, el otro día, me dijo «todas las chicas son tontas» y yo le dije: «Puede ser, pero no resulta de ello que todos los tontos sean chicas, porque al menos conozco a uno que no lo es.»

La clase se rió, Randy incluido.

Lisa levantó la mano. A media voz Tony dijo:

—Venga, Lisa, ¡piérdete de una vez!

El señor Spence frunció el ceño a Tony y dio la palabra a Lisa.

—He estado pensando en lo que ha dicho Harry. Ha dicho que cada uno aprendemos de manera distinta. Puede que tenga razón. Mi madre dice que todo el rato estoy sacando conclusiones precipitadas y quizá sea eso lo que hacía una vez más. De todos modos yo no quería decir que no debiéramos hablar en clase de cosas que consideramos importantes.

—Celebro que al fin estés dispuesta a admitirlo, Lisa —dijo Tony con sarcasmo—. Porque sabes perfectamente que lo que es verdad es verdad, y si vale la pena descubrirlo, debemos descubrirlo.

—Lo que es verdad es verdad —repitió Lisa con frialdad—. ¿Qué nos vas a decir ahora, Tony? ¿Que las vacas son vacas? ¿O que dos es igual a dos?

El señor Spence estaba a punto de dar un golpe en la mesa para imponer orden cuando Harry hizo señas de que quería decir algo de nuevo.

—He observado una cosa. En realidad, Tony y Lisa no están en desacuerdo sobre lo que es verdad y lo que no lo es. Sólo que Tony está acostumbrado a descubrir las cosas paso a paso, de acuerdo con reglas, como hacemos en Matemáticas, mientras que Lisa parece que capta las cosas muy deprisa, como si tuviera un presentimiento o algo así, y en seguida tiene la respuesta. Pero lo único que **pasa es que tienen métodos distintos de descubrir las cosas.**

—Eso no demuestra que su método sea mejor que el mío —dijo

Lisa.

—Él puede mostrar cómo lo hace, y tú no puedes —dijo Harry.

—¿Por qué piensas que no puedo? —respondió Lisa.

Esta vez el señor Spence sí que dio un golpe a la mesa. Se hizo el silencio en el aula por un momento y luego habló Fran.

—Me parece que puede que Tony y Lisa tengan razón a la vez. No sé del todo cómo decir esto porque no lo he pensado antes. Pero he pensado..., mientras estaba aquí oyendo, he pensado cómo todos estamos aquí en una clase. Y es la misma clase para todos nosotros. Y sin embargo... —Fran se detuvo—. ¡Ay, no sé!

—Continúa, Fran —dijo el señor Spence amablemente—, ¿qué estabas diciendo?

—No sé cómo expresarlo —dijo Fran—. Pero bueno, yo estoy aquí, sentada al fondo de la clase, y usted está ahí delante. ¿Y qué ve usted? Ve caras. ¿Y qué veo yo? Veo cabezas por la parte de atrás

—Y yo me siento a un lado —exclamó Anne—, y veo a todos de lado. Veo sus caras de perfil.

—Bueno, eso es lo que quiero decir —dijo Fran—. Miramos exactamente las mismas personas en exactamente la misma clase, y sin embargo lo que vemos, de hecho, es completamente diferente.

—Así, lo que dices —dijo Anne— es que cada uno de nosotros está en el mismo mundo y, sin embargo, vemos las cosas de distinto modo. Y es verdad, porque cuando Laura y yo vamos juntas a la clase de dibujo, y aunque escojamos exactamente la misma naturaleza muerta para pintar, sus pinturas resultan muy distintas de las mías. Creo que Fran tiene razón, que cada uno de nosotros vive en un mundo propio que es diferente del de los demás.

Ahora Harry agitaba la mano con furia. El señor Spence le indicó con la cabeza que tenía la palabra.

—Anne —dijo Harry—, creo que no interpretas a Fran correcta mente. O sea, no creo que sea eso lo que quiere decir. Claro, desde atrás ella ve todo el aula llena de gente que le da la espalda, mientras que el señor Spence sólo ve caras. Pero lo importante es que, si ella

se levantara y se pusiera delante, sólo vería caras, y si el señor Spence se pusiera al fondo de la clase, sólo vería cabezas por la parte de atrás.

—Harry —dijo Lisa—, ¿lo que quieres decir es que deberíamos tratar de ver las cosas desde el punto de vista de los demás?

—Sí, más o menos —dijo Harry.

—¡Bueno! —exclamó Lisa, y los ojos le brillaban—. ¿Y por qué aquí nadie trata de entender mi punto de vista? No estoy de acuerdo contigo, y en seguida todos me acusan de traicionar a la clase o de ser tonta o de cosas por el estilo.

—Lisa —dijo el señor Spence—, me parece que nadie te ha insultado ni te ha acusado de traicionar a nadie. El problema es que aún no nos has explicado de verdad con qué no estás de acuerdo. ¿Por qué no lo intentas una vez más? Nos gustaría ver las cosas desde tu punto de vista, Lisa, pero aún no nos has dicho cuál es.

—No creo que pueda, señor Spence —dijo Lisa, haciendo esfuerzos por mantener firme la voz, pero sin conseguirlo del todo.

—Vamos a ver, ¿qué te ha hecho pensar así? —insistió en preguntar el señor Spence—. ¿Es algo que ha dicho alguien en clase?

Lisa negó con la cabeza.

—No —dijo—, no, no es nada que haya dicho nadie aquí. Es una cosa que me dijo mi padre. Bueno, en realidad no me lo dijo, me lo leyó de un libro.

—¿Cuándo fue eso? —preguntó el señor Spence.

—Hará una semana —repuso Lisa—. Yo le conté que estábamos estudiando la mente, tratando de descubrir cómo funciona, y él se interesó mucho y sacó un libro que le he visto leer muchas veces. Es un libro de poesías. Y me enseñó un poema sobre la mente, pero no fui capaz de entenderlo. Tenía un hermoso comienzo: «La mente es una cosa encantada», o algo así, pero el resto estaba fuera de mi alcance. Después me enseñó otro, y aunque también era difícil de entender, me pareció que tenía más sentido. Decía que los pensamientos en nuestra mente son como murciélagos en una caverna, y estas ideas revolotean ciegas, siempre por dentro de los límites de la caverna. Pero luego, en la última línea, el poema dice que de vez en cuando «un error genial corrige a la caverna».

—¿Qué significa eso? —preguntó Milly.

—Eso pregunté yo a mi padre —dijo Lisa—, y él me explicó que una cosa que parece un error puede luego resultar verdadera, pero esto sólo ocurre si todo nuestro conocimiento

cambia. Como dijo él, es lo que pasó con Colón. Todos decían que la Tierra era plana, y que si Colón seguía navegando se caería por el borde. Pensaban que estaba cometiendo un error. Pero después se dieron cuenta que si la Tierra se concebía como una esfera, no había ningún error.

—Entonces, ¿qué dices?—preguntó Tony—, ¿que, en vez de aprender la manera de pensar correctamente, habríamos de aprender la manera de cometer errores imaginativos?

—Lo que digo —dijo Lisa— es que tendríamos que tener un espíritu abierto y no pensar que ya lo sabemos todo porque hemos des cubierto cuatro reglas de pensamiento —Lisa, que estaba mirando a Tony, echó una mirada a Harry al otro lado del aula—. Me gustaría seguir trabajando en esto, de veras. Era divertido. Y parece que funciona cuando hablamos. Pero no creo que funcione cuando imaginamos, sentimos o soñamos...

Quizá Lisa hubiera seguido hablando, pero en aquel instante sonó el timbre. Había terminado la última clase del día. Mark y María se fueron a casa juntos. Lisa y Fran salieron juntas, hablando aún de quién tenía razón y quién estaba equivocado. Bill Beck se fue solo, pero al salir saludó a Harry con la cabeza y Harry le contestó. Harry y Tony salieron juntos, casi en silencio. Laura O'Mara se entretuvo atrás, mirando cómo se iban. Luego salieron juntas Anne y Suki y el aula quedó vacía. Sólo quedó el señor Spence, sentado a su mesa, quieto en el aula silenciosa. Se dijo: «A veces, un error genial corrige a la caverna.» El señor Spence sonrió, cerró su cartera, cerró con cuidado la puerta del aula, bajó corriendo, de dos en dos escalones, los dos tramos de escalera, y salió por la puerta principal sin dejar de correr, mientras en el vestíbulo el señor Partridge, perplejo, observaba a través de las puertas de cristal cómo la alta figura del señor Spence desaparecía deprisa calle abajo.

NOTA ACLARATORIA

El descubrimiento de Harry Stottlemeier es el texto central del programa de Filosofía para Niños. Proporciona instrumentos de razonamiento básicos, técnicas de pensamiento crítico y de lógica formal e informal que los niños podrán aplicar en cursos superiores a problemas específicos de las diferentes áreas (matemáticas, ciencias sociales o lenguaje). Nos ofrece un modelo de diálogo entre niños y de éstos con los adultos, tanto en el aula de clase como en la vida familiar o en sus relaciones como amigos. Los niños empiezan a pensar en el pensamiento, a descubrir en un proceso comunitario de búsqueda los principios del razonamiento y a saber aplicar esos principios que van descubriendo a las situaciones de la vida cotidiana.

La novela es también un modelo de educación no autoritaria y antimanipuladora o adoctrinadora. Destaca el valor de la búsqueda, estimula el desarrollo de distintos modos de pensamiento y de imaginación y sugiere en qué medida los jóvenes pueden aprender unos de otros y no sólo de los adultos. Más aún, esboza lo que podría ser vivir y participar en una pequeña comunidad en la que los niños tienen sus propios intereses, pero se respetan unos a otros como personas y son capaces en diversos momentos de implicarse en una búsqueda cooperativa sin otra razón que el placer y la satisfacción que produce el actuar así. La construcción de una comunidad de búsqueda como eje central del proceso educativo es tanto el objetivo del currículum Filosofía para Niños como el procedimiento básico para llevarlo a la práctica en las escuelas.

Si bien la novela puede ser utilizada de forma independiente, como una novela más para niños y adolescentes, está pensada y escrita para ser utilizada en clase, con los objetivos que acabamos de resumir muy brevemente. En cada capítulo se sugieren una serie de temas que pueden provocar el interés de los jóvenes lectores y suscitar una serie de cuestiones que intentarán resolver en un diálogo comunitario. Para poder guiar esas discusiones colectivas e ir desarrollando las destrezas cognitivas que se proponen en la misma existe un Manual del Profesor con el título de *Investigación filosófica*. A lo largo de sus más de 450 páginas, el profesor encontrará multitud de ejercicios variados, así como las orientaciones metodológicas necesarias para ayudarle en su labor, estimulándole al mismo tiempo para que sea él personalmente el que vaya descubriendo nuevas formas de dialogar con sus alumnos y nuevos ejercicios que proponerles.

Esta novela está pensada para niños de once y doce años, si bien puede utilizarse también con adolescentes, incluidos los de los primeros cursos de enseñanza secundaria. Los ejercicios son lo suficientemente flexibles como para permitir un nivel de discusión adaptado al nivel de los alumnos que lo utilizan. De hecho, en estos momentos se está utilizando una ligera adaptación de la novela y del manual para educación de adultos en Estados Unidos.

El currículum Filosofía para Niños, creado por Matthew Lipman y sus colaboradores a comienzos de los años setenta, se halla extendido en estos momentos por miles de clases y escuelas en diversos países del mundo, existiendo traducciones del mismo a diversos idiomas, desde Canadá hasta Chile y desde Australia hasta la República Federal de Alemania. Existen diversas traducciones al castellano, adaptadas a los diversos países en los que el método se utiliza. La traducción al castellano que nosotros presentamos ha respetado tanto los nombres como las situaciones originales de la novela. Reconociendo los problemas de adaptación cultural, nos ha parecido que ésa era la mejor decisión, habida cuenta de que el

contexto cultural de los países occidentales es lo suficientemente parecido como para no suponer excesivas dificultades.

La labor de difusión del currículum, así como la de traducciones y formación del profesorado, es llevada adelante en España por el Centro de Filosofía para Niños, asociado a la Sociedad Española de Profesores de Filosofía de Instituto (San Nemesio, s/n - 28043 Madrid), y por el Institutí de Recerca per l'Ensenyament de la Filosofia (Mallorca, 285 - 08037 Barcelona), desarrollando este último el programa en lengua catalana.

El currículum completo se compone de las siguientes novelas y manuales para el profesor:

Elfie. Contenido: el descubrimiento de la experiencia. Manual del profesor: *Relacionando nuestros pensamientos*. Nivel: preescolar y 1º EGB.

Kio y Guss. Contenido: razonamiento sobre la naturaleza. Manual del profesor: *Asombrándose ante el mundo*. Nivel: 2º y 3º EGB Puede utilizarse desde preescolar hasta 5º de EGB.

Pixie. Contenido: descubrir el sentido de nuestro lenguaje Manual: *En busca del sentido*. Nivel 3º y 4º de EGB. Puede utilizar se desde preescolar hasta 5º de EGB.

El descubrimiento de Harry Stottlemeier. Contenido: desarrollo de las destrezas básicas del pensamiento. Manual del profesor: *Investigación filosófica*. Nivel: 5º y 6º de EGB. Puede utilizarse desde 4º a 1º de BUP.

Lisa. Contenido: continúan los mismos personajes y problemas que en la novela anterior. Manual del profesor: *Investigación ética*. Nivel: 7º y 8º de EGB. Puede aplicarse en los tres cursos del Bachillerato y en Formación Profesional.

Buki. Contenido: problemas de lenguaje, estética y teoría del conocimiento. Manual: *Escribir, cómo y por qué*. Nivel: 1º y 2U de Bachillerato y Formación Profesional. Puede utilizarse desde 8º de EGB hasta el final del Bachillerato.

Mark. Contenido: problemas de filosofía social y política. Manual del profesor: *Investigación social*. Nivel: 2º y 3º de Bachillerato. Puede utilizarse en los mismos cursos que el anterior.

EDICIONES DE LA TORRE

El libro es el mejor medio de comunicación del pensamiento humano.

Autor, traductor, editor, diseñador e ilustrador, impresor, distribuidor y librero, coordinan sus conocimientos y su trabajo hasta conseguir un producto agradable, económico y asequible para todo el mundo, de fácil circulación y conservación, de valor permanente y universal. Ningún otro medio de comunicación conocido hasta hoy reúne estas cualidades.

Las bibliotecas son el mejor depósito de la Cultura. Los profesionales de la Crítica y de la Enseñanza ayudan y orientan a los lectores sobre los libros más adecuados a sus necesidades.

La lectura es una necesidad y un placer y su extensión es garantía de progreso humano y social.

En suma, el libro es un instrumento social poderoso y de su contenido y la forma en que se produzca y distribuya depende que se utilice al servicio de unos u otros intereses. Por eso, el factor más importante del libro es el lector: sólo la existencia de éste hace posible la de las otras personas que intervienen en él y decide su orientación. Un lector crítico y exigente estimula la aparición y consolidación de buenos autores y asegura una producción editorial independiente y avanzada.

Invitamos a todos los lectores a comunicarse con cuantos han contribuido a la aparición de este libro, aportando todo tipo de sugerencias y críticas. Pueden dirigir sus cartas a:

EDICIONES DE LA TORRE:

Espronceda, 20
28003 Madrid, España.